

Manchegos ilustres de la época de Cervantes

por

José SANZ Y DIAZ

**Académico de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas
de Toledo**

JUAN GARCIA HERMOSILLA

Escritor, natural de Chillón, varón docto en cosmografía y arte de marear, del que sólo se sabe que escribió una obra titulada "Memorial sobre la mudanza de la navegación de las naos y flotas que van para Tierra Firme, Nueva España y demás lugares de Indias", la cual entregó a Felipe II en su Corte de Valladolid en el año 1556 y sobre cuyo asunto volvió a insistir desde Sevilla, a 25 de mayo de 1588, sin obtener respuesta. Debió morir a finales del siglo XVI.

JUAN GOMEZ DE ALMAGRO

Mereció ser citado por Alonso de Ercilla en su famosa *Araucana*, cosa muy estimable si se tiene en cuenta que el poeta épico y soldado valeroso que fué autor de la misma se caracteriza por ensalzar en exaltadas rimas a los indios araucanos, mientras es parco en el elogio de los españoles, quizá por un prurito de modestia nacional, muy de lamentar en este caso, pues de otra forma hubiéramos tenido abundantes datos biográficos de los héroes que con él combatieron en Chile.

Debió nacer Juan Gómez en el primer tercio del siglo XVI, hizo algunos servicios de armas en la Península, y un buen día, sintiendo la comezón de épicas aventuras, dejó el solar manchego en que naciera, les dió un abrazo a los suyos y se embarcó en el primer galeón que de las costas españolas saliera para la reciente descubierta América. Hasta aquí es la misma historia de tantos cientos y miles de aventureros que partieron de España para las Indias.

Mas pronto el paisano de *Don Quijote* supo destacarse en tierras americanas, clavando sus espuelas de caballero en los flancos de los Andes, mereciendo por sus hazañas y gloriosa muerte un canto en *La Araucana*. Fué capitán y alcaide valeroso de varias fortalezas alzadas por los españoles en el espinazo orográfico de Chile, entre ellas de la de Puren —"el Puren indómito" de los Cronistas de Indias—, cuya guarda y defensa había de inmortalizar su nombre. Cuentan viejos infolios de la Conquista que el manchego Juan Gómez, diestro en el manejo de las armas y varón tan prudente como esforzado, fortificó cuidadosamente el Castillo de Puren en la Araucania, no disponiendo para la guarda y defensa de la poco sólida construcción, que posiblemente fuera de madera, como lo era la mayor parte de las alzadas por los conquistadores en la época, más que con una sección de soldados

y un centenar de indios que huyeron al campo araucano en cuanto oyeron silbar las primeras flechas.

Aprovechando las tinieblas se lanzaron los indios al asalto del fuerte, intentando incendiarlo —de ahí que supongamos que fuera, al menos en parte, de madera— por el sitio menos guarnecido. Apercebido el alcaide Juan Gómez por sus centinelas de lo que tramaba la valerosa indiada, dió órdenes terminantes a sus hombres de que nadie hiciera ruido, simulando los defensores de Puren que dormían por completo ajenos al combate que se avecinaba. Mientras tanto, los arcabuceros fueron sigilosamente colocados en los puntos más estratégicos del recinto militar, prestos a disparar en el momento que los salvajes intentaban escalar las tapias o barreras que servían al fuerte de pequeña muralla. Nadie dispararía hasta no tenerlos a tiro, para que no se perdiera una sola bala y para que el espanto de la sorpresa hiciera huir a las huestes araucanas.

Así se planteó por el valiente capitán manchego y todo salió en el primer instante como se esperaba. Cuando provistos de teas encendidas y en medio de atroz algarabía se lanzaron los indios al asalto del Fuerte de Puren, fueron recibidos —no podemos decir a quemarropa, porque la mayor parte de aquellos esforzados guerreros iban desnudos— con una descarga cerrada, que dejó sembrado de cadáveres y de heridos el cerco de fuertes empalizadas.

A la luz de los disparos y de una bermejiza que empezaba a auparse por encima de los hombros del bosque, ganosa de contemplar cómo luchaban los hombres pálidos, pudo verse al capitán Juan Gómez arengando a los suyos en el sitio de mayor riesgo, la espada desnuda en la mano derecha y en la siniestra el pendón morado de Castilla, rematado en una cruz de plata. Repuestos los indios en el interior de la selva, contando de antemano con la victoria por superioridad numérica, pues eran mil contra uno, volvieron con el alba a la pelea, atacando ferozmente a los españoles en líneas escalonadas; primero iban los ágiles lanceros, armados de estacas puntiagudas, endurecidas a fuego lento, y de pesadas macanas o azagayas. Los arqueros, de poderosos músculos bronceados, venían después, protegiendo con sus nubes de flechas el avance de los primeros. El alcaide, fiel a su táctica, los dejó llegar por segunda vez hasta el pie mismo de las empalizadas y cuando ya los más osados intentaban escalar los muros, los barrió de nuevo un alud de metralla. Pero no por eso se desanimaron los salvajes, sino que redoblaron con inusitado ardor el asedio, ganosos de vengar a sus compañeros caídos y de desagraviar a los encolerizados ídolos. A costa

de millares de bajas consiguieron algunos araucanos hercúleos, de agilidad simiesca, llegar al cuerpo a cuerpo con los soldados españoles, que con sus pesadas tizonas, bien templadas en las aguas del Tajo, hendían cabezas y rajaban hombros en medio de una algarabía descomunal. El capitán Juan Gómez estaba en todas partes, socorriendo a los que precisaban ayuda y midiendo sus armas con algún cacique que lo precisaba. Por fin tuvieron que retirarse del Fuerte de Puren los valientes araucanos, tras de recoger sus heridos, aunque no pudieron dar sepultura a tantos muertos. Las bajas de los castellanos fueron escasas, si bien hubieran perecido todos, siendo tan pocos, a no ser por su temple y la superioridad de sus armas.

Pizarro encargó de la conquista de Chile a un general valeroso, a Pedro de Valdivia, quien tomó ciento cincuenta soldados y dió comienzo a su empresa en el mes de enero de 1540. Al principio no tuvo grandes resistencias que vencer, salvo las naturales de tamaña empresa, pues incluso le regalaban los indígenas pepitas de oro; pero al atravesar los Andes tuvo que librar un combate en la meseta de Aconcagua. Con él iba el capitán manchego Juan Gómez de Almagro cuando se internó por el valle de Mapacho, y ambos fundaron la ciudad de Santiago de Chile, o Mapacho, el 12 de febrero de 1541.

Pero volvamos al interrumpido relato de la defensa de Puren. Quizá se repitieran en los días siguientes los intentos de asalto al fuerte, pues al iniciarse la sublevación general de los indios araucanos le quedaban al capitán Gómez de Almagro trece hombres de la sección que le dió su general para la defensa y custodia de la posición citada. El oficial manchego le escribe a Valdivia dándole las novedades, al tiempo que le pide refuerzos y municiones, ya que la situación de los sitiados era insostenible, agravada con el hedor insoportable de tantos cadáveres insepultos. El enlace o correo enviado no volvía y, rodeados de enemigos, aislados y posiblemente sin víveres en un recinto donde todo les era hostil, en medio de un vasto territorio alzado en armas contra los escasos conquistadores, la situación hubiera espantado a otro hombre de distinto temple al que estaba forjado este digno paisano de *Don Quijote*.

Reunió al puñado de hombres que le quedaban y les dijo que había que abandonar el fuerte, abriéndose paso espada en mano, a través de ásperos montes poblados de crueles enemigos, de cuyas manos —si en ellas caían— no era posible escapar con vida. A pesar de todo, había que llegar hasta el campamento de Valdivia, que habria salido de la Imperial y de cuya situación geográfica tendrían vagas referencias,

dado la movilidad de una columna o hueste en operaciones. Pero Juan Gómez era del mismo acero que su paisano Diego de Almagro, en pos de cuya fama partiera un día de la misma villa manchega, y sin arreararse por nada, arenga a sus trece bravos y se encamina al hipotético encuentro con Pedro de Valdivia. Varios grupos de indios dispersos que les salen al paso les enseñan despojos de guerreros españoles, diciéndoles que se habían comido al general castellano y matado a muchos soldados, amenazando hacer otro tanto con ellos. Iban muy contentos y entonaban cantos de guerra a sus dioses.

Y aquí entra de lleno el Canto IV que casi por entero le dedica Alonso de Ercilla en *La Araucana*. En la estrofa 18 dice que:

*“Ellos que iban así por su espesa
mata de calor de áspero collado
ven un indio salir a toda prisa
el vestido y el rostro demudado,
el cual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado,
que Juan Gómez de Almagro al propio día
dando aviso a Valdivia escrito había.*

El mensajero indígena le cuenta al capitán manchego que no había podido entregar la carta, porque el general Valdivia había sido muerto y devorado por los araucanos, los cuales le prepararon una traición y destruyeron el fuerte en que acampaba hasta los cimientos. El canto aludido lleva estas palabras de introducción: “Vienen catorce españoles —el grupo de Juan Gómez— a juntarse con Valdivia en la fuerza (fuerte) de Tucapel³⁵; hallan los indios en una emboscada, con los cuales tuvieron un porfiado encuentro; llega Lautaro con gente de refresco, mueren siete españoles, y todos los amigos (indios) que llevaban; escápanse los otros (españoles) por una gran ventura”.

Juan Gómez vió con serenidad que la cosa se iba poniendo bastante fea. En seguida fueron acometidos por muchos indios atléticos, a los que únicamente contenía en su furia la presencia del piquete de caballeros, pues todos los españoles iban montados, con las espadas desnudas y los arcabuces prestos. Siguieron avanzando, no obstante; pero los naturales, que antes les habían dejado pasar, ahora se interponían en los desfiladeros y pasos difíciles, prevenidos por hogueras que les servían de señales. Nuevos indios amigos que venían huyendo los contaron con detalle cómo los araucanos habían cogido vivos en una cié-

³⁵ Cacique indio de valor indomable, jefe del poblado de igual nombre, hoy Departamento de Yumbel y provincia de Concepción (Chile).

naga, donde no podían maniobrar los caballos, a Pedro de Valdivia y al capellán castrense P. Pozo; los llevaron con gran algazara ante sus jefes Caupolican y Lautaro, que los mandaron despedazar y comer tal como estaban. Estas eran las gentes con las que se batían Juan Gómez de Almagro y sus trece compañeros, más algunos indios amigos que se les unieron, en las selvas chilenas. La lucha fué épica, increíble, digna de los acentos con que la canta Ercilla:

*“Con flautas, cuernos, roncros instrumentos,
alto estruendo, alaridos desdeñosos,
salen los bárbaros sangrientos
contra los españoles valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes rípos orgullosos.”*

Continúa el autor de *La Araucana*, en las estrofas 24 y 25 del mismo canto, como testigo casi presencial de la contienda:

*“Los caballos en esto apercibiendo
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los pies batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas;
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz a Dios del cielo,
hacen gemir y retremblar al suelo.”*

La carga de Juan Gómez y sus jinetes debió ser tremenda, a impulsos del valor, de la desesperación y de la ira que les produjo la tortura y muerte de Valdivia. Pero los indios tampoco eran cobardes ni mancebos, pues:

*“Calan de fuerte fresno, como vigas,
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
inclinarse al furor del recio viento;
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento,
que los nuestros rompieron por un lado,
dejando al escuadrón aportillado.”*

El capitán manchego se batía como un dios mitológico, revolviendo su caballo con agilidad increíble, alanceando sin fatiga el muro de indios y atravesando con golpe poderoso al cacique Cuacón, araucano gigantesco, en cuyo auxilio acudió otro jefe indígena, fornido y atlético.

tico, quien descargó su terrible maza sobre Juan Gómez, matándole el caballo al esquivar el jinete tan feroz acometida. Pero veamos cómo lo narra Ercilla en su Canto IV:

*"Almagro³⁶ cuerpo a cuerpo combatía
con el joven Gaucón, soldado fuerte;
pero presto la lid se decidía,
que poco se mostró neutral la suerte;
de un golpe Almagro al bárbaro hería,
por donde una ancha puerta abrió a la muerte,
sale della de sangre roja un río,
y ocupa el desagrado cuerpo el frío."*

En tanto, los compañeros de Juan Gómez:

*"Cortés y Pero Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra,
sembrando de cuerpos bárbaros la tierra."*

Al ver morir a Cuacón:

*"El fiero Tucapel haciendo guerra
a todos con audacia los asalta,
y en viendo que estos dos baten la tierra
gallardo por encima dellos salta;
topa a Almagro y con él ligero cierra
con los pies levantando y la maza alta,
que sobre él derribándola venía
con toda la pujanza que tenía."*

Sigue Ercilla en las estrofas 57 y 58:

*"O fué mal tiento, o furia que llevaba,
o que el Sumo Señor quiso librallo,
que el tiro a la cabeza señalaba
y a dar vino a las ancas del caballo;
con tanta fuerza el golpe le cargaba,
que Almagro más no pudo menعالlo,
quedando derrengado de manera
que si fuera de masa o blanda cera."*

*Almagro con prestanta por un lado
viendo al caballo cojo, se derriba,
ora fué su ventura y diestro hado,
ora siniestro del que tras él iba,
el cual era el valiente Maldonado³⁷"*

³⁶ Así nombra a Juan Gómez de Almagro en muchos versos por fuerza de la rima.

³⁷ Uno de los más valientes compañeros del capitán Gómez de Almagro.

*que envuelto en sangre y polvo al punto arriba
que el golpe secundaba Tucapelo,
y por poco con él diera en el suelo."*

Muere del golpe atroz el valiente soldado de Gómez, que según la estrofa 60:

*"Muda el intento, muda la sentencia,
que contra Juan de Almagro dado había,
y la furiosa maza e impaciencia
al triste Maldonado revolvió;
cala un golpe con toda su potencia,
mas el presto caballo se desvía;
Tucapel de furioso el tiro yerra
y el ferrado trocón metió por tierra."*

Doce horas llevaban peleando el capitán manchego y sus valerosos compañeros contra millares de indios, pereciendo siete españoles en la heroica contienda —“ya no quedaban más que seis jinetes y el jefe, Gómez de Almagro, sin caballo y desarmado”, escribe Adolfo Carrasco³⁸, cuando una gran tormenta les libró de sus perseguidores, que abandonaron el campo con los cadáveres de sus jefes caídos en el combate y así pudieron los españoles llegar al fuerte de donde partieron el día anterior, no sin antes dar un rodeo por el abandonado campo de batalla, y al ver desde un altozano que ya habían incendiado Puren los indios y que lo estaban terminando de demoler, enderezaron la marcha hacia el campamento de la Imperial, juntándose en el camino con otro grupo de españoles de las derrotadas huestes de Valdivia, dirigiéndose todos al mismo lugar. La marcha debió ser horrenda en medio de las tinieblas, muertos de hambre y heridos los jinetes, rendidas las bestias de fatiga, caminando por una selva espesa en medio de una lluvia torrencial y estando expuestos a caer en cualquier emboscada que les hubiera tendido fácilmente el enemigo. El capitán Juan Gómez de Almagro no iba con ellos, se había quedado en la selva por decisión propia, ya que no quiso privar de una cabalgadura a ninguno de sus heroicos y desfallecidos compañeros. No cabe actitud más noble en un guerrero, padre más que jefe de sus soldados.

Pero volvamos al documento inapreciable de *La Araucana*, testimonio veraz de las aventuras de nuestro ilustre biografiado.

*"De Juan Gómez la próspera ventura
hizo que al punto el cielo se cerrase,
y la tiniebla de la noche oscura*

³⁸ “Descubrimiento y Conquista de Chile”, pág. 65.

*gran rato en su favor se anticipase;
turbado se metió en una espesura
hasta tanto que el ímpetu pasase
de aquella gente bárbara furiosa,
de la española sangre codiciosa."*

Ercilla nos dice en la estrofa 66 que:

*"Cuando vió en su violencia el torbenillo,
y que él podía salir más encubierto,
el bosque deja y toma su camino."*

Cubierto de sangre y de lodo, con la armadura destrozada, chorreando agua, a pie, hasta presentarse a los suyos, que ya lo daban por muerto, y al verlo llegar como una aparición espectral no cabían en sí de alegría:

*"Con espanto fué luego conocido
que entre ellos ya por muerto se tenía,
y cada uno de lástima movido
a morir en su ayuda se ofrecía."*

Pero él lós manda sereno y animoso a sus jinetes:

*"De mí, señores, nadie cure,
la vida el que pudiere la asegure."*

Y dicho esto se entró de nuevo por el bosque dejándolos tristes y maravillados.

Ercilla no nos dice más por el momento del intrépido capitán de Almagro y reanuda el relato —estrofas 71 y 72— del siguiente modo:

*"Vuelvo a los seis guerreros que sintiendo
la desgracia de Almagro lo mostraban.
Pero ayudalle en ella no pudiendo
a la Imperial ciudad enderezaban;
la tempestad furiosa iba creciendo,
relámpagos y truenos no cesaban,
hasta que salió el sol, y el claro día
la plaza de Puren les descubría.
Era un castillo el cual con poca gente
le había Juan Gómez antes sustentado,
hallándose una noche de repente
de multitud de bárbaros cercado;¹
repelidos al fin gallardamente*

*fué por su industria el cerco levantado;
no escribo esta batalla aunque famosa
por no tardaros tanto en cada cosa*³⁹.”

Al llegar salvos a la Imperial:

*“Allí los seis guerreros arribados
fueron con tierna muestra recibidos,
fatigados, deshechos, sin celadas,
las armas con las carnes destrozadas.”*

Así, pues, Juan Gómez debió asistir al descubrimiento de Chile con Diego de Almagro, su paisano, en busca de cuya protección iría, y que lo dejó con otros soldados en el Arauco antes de regresar al Perú, y después con Pedro Valdivia estuvo durante la conquista y colonización chilena, interrumpida con la muerte del caudillo en el desastre de Tucapel, motivada por la insurrección general de los araucanos.

Ercilla nos dice en la estrofa 76 del tan citado canto, que después de cesar la tormenta y de marcharse los compañeros de Almagro a la Imperial y los indios de Lautaro a Gauten, el capitán manchego aprovechó las tinieblas para ponerse a salvo, viendo en su marcha que el fuerte Puren había sido derribado e incendiado, llevándose el enemigo cuanto contenía:

*“Hacia Gauten tomaron la jornada
llevando Almagro acaso de camino*⁴⁰,
*que por venir la noche tan cerrada
libre salió del campo Lautarino;
a la fuerza fué por tierra derribada,
que luego el enemigo pueblo vino
talando municiones y comidas
que en el castillo recogidas.”*

Indudablemente el fuerte fué saqueado y deshecho por los indios que se retiraban con la tormenta del lugar de la batalla y hace pensar que el capitán siguió el mismo camino que sus gentes, puesto que éstas también contemplaron las ruinas humeantes de Puren, según ya hemos escrito.

¿Se reunió con sus soldados y con las diezmadas huestes del caído Valdivia en el campamento de la Imperial? Dado el camino que seguía

³⁹ Alude a cuanto dejamos consignado al tratar nosotros de la defensa del fuerte de Puren por Juan Gómez de Almagro y sus soldados.

⁴⁰ Es decir, que llevaba Juan Gómez de Almagro la misma dirección de los indios y sin ser visto por ellos.

es lo más probable. De que pudo salvarse y llegar hasta las fuerzas españolas no cabe duda, puesto que en el Canto IV, estrofa 35, de *La Araucana* lo vemos de nuevo luchar como un león y dar muerte a dos de los más afamados capitanes indígenas:

*“Pacheco a Narpa abrió por el costado,
y a Langoval derriba tras el muerto;
pues Juan Gómez también por aquel lado
de fresca sangre bárbara cubierto
había de un golpe a Colca derribado,
y a Calvo el desangrado vientre abierto;
el bárbaro mortal, de color vuelta,
dió en el postrer suspiro el alma envuelta.”*

Este combate fué tan terrible, según Ercilla, que salió derrotado Lautaro⁴¹ y hubo:

*“Quién con sus mismas tripas tropezando,
al odioso enemigo arremetía;
quien por veinte heridas resollando
las cubiertas entrañas descubría.”*

Juan Gómez de Almagro fué el capitán más entendido y leal que tuvo Pedro de Valdivia en sus correrías heroicas hasta las márgenes del río Mapocho, en la parte central de Chile, y asistió con el caudillo a la fundación de la ciudad de Santiago, al pie de un cerro que llamaron de Santa Lucía, el 12 de febrero de 1541. Desde entonces fué nombrada capital imperial del nuevo territorio conquistado.

El capitán manchego combatió, después de la muerte de Valdivia, a los caciques araucanos Lautaro y Caupolicán por el Sur de Santiago, imponiéndose como táctico a la guerra adoptada por los indígenas, la cual consistía en dividirse en diferentes grupos y atacar unos después de otros a los españoles para fatigarlos y destruirlos más fácilmente. Combatió también a las órdenes del general Marqués de Cañete; se distinguió en infinidad de combates; atravesó con su lanza a los caudillos araucanos Calvo y Conca, que se tenían por invencibles y cargados de laureles; pudo asistir a la derrota y muerte de Caupolicán y Lautaro, con lo cual quedó completamente dominada la insurrección y pacificado Chile antes de 1560. Con el nativo orgullo de haber contribuido a ganar para su Patria extensos territorios americanos, se reti-

⁴¹ Lautaro fué el famoso caudillo araucano que derrotó y asesinó a Valdivia, muriendo él mismo asañado en el año 1557.

ró a la vida apacible del campo y al gobierno de las encomiendas que como premio a sus relevantes servicios le señalarían en nombre del Rey.

Debió morir después del año 1570, en cuya fecha lo nombran los cronistas de la conquista de Chile por última vez.

JUAN GOMEZ PORTILLO

Notable capitán manchego del siglo XVI, compañero de Quesada en la conquista del imperio chibcha y natural de la villa de Portillo, en la Mancha, según declara él mismo en la probanza del general Juan de Céspedes, su protector y paisano.

Pasó a las Indias en la expedición por el Gobernador de Santa Marta y Adelantado de Canarias, don Pedro Fernández de Lugo, organizada, según hoja probatoria de servicios mandada hacer por su nieto Pedro Muñoz Portillo en el año 1620 ⁴².

Estuvo a las órdenes de Quesada y Céspedes en la conquista del Nuevo Reino de Granada, exploró con ellos el Río Grande de la Magdalena y estuvo presente en la fundación de las ciudades de Santa Fe y Vélez.

En compensación de sus servicios de guerra le dieron, por título de 7 de mayo de 1539, firmado por Gonzalo Jiménez de Quesada, la Encomienda de Usme con un repartimiento de trescientos indios, cuya posesión le fué ratificada por Alonso Luis de Lugo en noviembre de 1543.

Lo menciona el Obispo don Lucas Fernández de Piedrahita en su "Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada", al decir que el manchego Juan Gómez Portillo figuraba entre los soldados que acompañaron al ilustre capitán don Juan Céspedes en la pacificación de los indios de Suta y Simijaca, refiriendo que Portillo y Pedro Galeano mandaban la retaguardia de la hueste en el ataque al Peñón de Tausa, objetivo al que llegaron oportunamente para decidir el triunfo a favor de nuestros conquistadores.

Formó Juan Gómez Portillo entre los cien aventureros mentados que, bajo órdenes del capitán Venegas, envió el Gobernador Díez de Armendáriz en auxilio de don Pedro de Lagasca, alistándose más tarde en defensa del rey contra el rebelde Lope de Aguirre, y con motivo de los alzamientos de Alvaro de Oyón y Francisco Hernández Girón

⁴² Archivo de Bogotá, Documentos para la Historia Civil, núm. XIV.

gastó mucho dinero de su propio peculio en equipar un grupo de caballería.

Sabemos que vivía aún en Santa Fe de Bogotá en el año 1563, según se desprende del expediente abierto por el conquistador Antón Flamenco para probar sus servicios y en el cual atestigua Gómez Portillo. Consta que había muerto ya en julio de 1569⁴⁸.

Ganoso de ver a su familia hizo un viaje a España, llevándose con él, al regresar a Nueva Granada, a su mujer y a su hija, pues estaba casado con doña Catalina Martín Pacheco, natural de Carmona (Sevilla), viuda y con cuatro hijos del andaluz Francisco Rodríguez de la Puebla.

Cuenta Juan Flórez de Ocáriz en sus "Genealogías", que al volver a Santa Fe de Bogotá desde la Península Ibérica se llevó a su mujer, a su hija Juana María Bautista Gómez Pacheco y a una prima hermana de dicha doña Catalina llamada Beatriz Pacheco y Ojeda, esposa de Cristóbal de Molina.

Esta hija heredó de su padre, el capitán manchego Juan Gómez Portillo, la Encomienda de Usme, y casó en primeras nupcias con Alonso de Solera, sobrino del Presidente de la Audiencia de Bogotá, don Francisco Briceño, de quien no tuvo hijos.

Siendo viuda volvióse a casar con Nicolás Gutiérrez, conquistador oriundo de Madrigal de las Altas Torres, que pasó a las Indias en 1549 y se distinguió en la exploración de la comarca de Los Llanos neogranadinos, en la conquista de Celinas, donde fué gravemente herido y quedó manco de un flechazo, y como Alcalde y Procurador General de Santa Fe. Tuvo numerosa descendencia con la hija de Gómez Portillo, siendo tronco de una ilustre familia en la que hubo grandes Caballeros de las cuatro Ordenes Militares, y una nieta del capitán manchego, llamada doña María de Pisa, casó con don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, Señor de la Villa de Buxes y primer Virrey del Nuevo Reino de Granada, todo lo cual testifica el historiador Ocáriz en sus "Genealogías".

JUAN GONZALEZ DE CRIPTANA

Este ilustre hijo de Villarrubia de los Ojos fué un distinguido escritor en latín y en castellano, perteneciente a la Orden de San Agustín, el cual murió en el convento de San Felipe Neri, de Madrid.

⁴⁸ Archivo de Bogotá, Encomiendas, XXV, 903.

Publicaba sus obras en tiempo de "el Manco de Lepanto"; siendo éstas:

"El perfecto cristiano" (Pincias, 1601); "Manual de Jesús y María, para orar en alabanza de estos Santísimos Nombres" (1604); "Silva Comparationum, vel Similium per Alphabetum locorum comunium Predicatoribus utilissima ex Sanctis Patribus atque Doctoribus" (Pincias, 1604); "De la Archicofradía de la Cinta de San Agustín y Santa Mónica y sus Indulgencias como un Compendio historial de cómo San Agustín hizo vida eremítica y fundó su Orden de los Ermitaños" (1604); "Despertador del alma dormida para orar a Dios y despertar al hombre del sueño en que está" (1613), y "Tratado contra las comedias", escrito poco antes de fallecer.

Fueron sus padres Fernando de Soria y Ana Lupesia. Estudió en las Universidades de Alcalá de Henares y Salamanca, siendo discípulo de Fray Luis de León, Diego de Tapia y Alfonso de Villanueva; profesó en San Felipe el Real, a 26 de mayo de 1573.

Dice su biógrafo y hermano de religión el P. Gregorio de Santiago, que "no aparece en las portadas de sus libros más que con el título de Predicador, y en los impresos últimamente con el de Maestro; pero fué Prior del Convento de Cartajales en 1589, según se expresa en la licencia para imprimir *Silva comparationum*, concedida por el P. Provincial Fr. Pedro de Rojas en 10 de noviembre del año expresado. Figura en el convento de Valladolid desde el 1596 hasta 1607 con algunas interrupciones.

Nicolás Antonio, que cita sus obras, dice que falleció Fray Juan de Criptana (suprimía el González) en San Felipe el Real y en fecha ignorada. Santiago Vela describe los títulos completos de sus obras, las ediciones que se han hecho de las mismas, lugares de impresión, detallado resumen de lo que tratan, cómo estan ordenadas, ilustraciones, censores que las aprobaron y demás características, así como los personajes a que algunas de ellas van dedicadas. Desde luego, este autor fué hombre ilustre y doctísimo en su tiempo.

ALONSO DE HERRERA Y OLAYA

Este ilustre manchego del siglo XVI nació en el pueblo de Agudo, Maestrazgo de Calatrava, a finales de la centuria anterior. Su padre se llamaba don Benito Pérez Herrera, y su madre, doña Olaya, mujer hidalga a quien por su gran hacienda le decían *la Rica* de sobrenombre.

Siendo niño el futuro conquistador, las gentes de su pueblo le nombraban, con familiaridad de villorrio, *Alonso el de la Olaya*, y al fin le quedó por apellido histórico el nombre de la madre.

Muy joven, y sin hacerle económicamente falta, pues ya hemos visto que su familia era rica, se traslada al Puerto de Santa María (Cádiz), donde se casa con una bella y linajuda joven llamada doña Juana Miguel de Mayerga y poco tiempo después, ya padre de familia, y sin duda sugestionado su temperamento aventurero —cosa muy natural en un paisano de *Don Quijote*— con las frecuentes y fabulosas noticias que se recibían en aquel puerto andaluz de las tierras americanas recién descubiertas, un buen día del año 1534 embarcó para las Indias Occidentales, como entonces se decía, llegando sin novedad y en compañía de Jorge Espira a las costas de Venezuela.

Ya en los territorios soñados se alista en Santa Ana de Coro con las tropas de Nicolás Federmann y en su compañía fué al Nuevo Reino de Granada, donde se quedó. Federmann era uno de los alemanes llevados a Venezuela por Ambrosio Alfinger, debido a los pactos económicos de los Welser con el Emperador Carlos V, soberano a la vez de España y de Alemania. Era Federmann segundo de a bordo o teniente del Gobernador de Venezuela, Jorge Hohermut, que por muerte de Alfinger obtuvo el nombramiento en 1534, partiendo inmediatamente para el norte del país, donde estaba enclavada la ciudad de Santa Ana de Coro.

Nuestro biografiado debió, pues, hacer las primeras armas contra los indios a las órdenes de Antonio Chaves, capitán de Federmann, el cual salió de las orillas del río Tocuyo, en las inmediaciones de Coro, cruzó las tierras de Maracaibo y subió por cerca de Santa Marta hasta el Cabo de la Vela. Alonso de Herrera y Olaya hizo esta expedición sin pena ni gloria, y un tanto decepcionado con esta primera y gris aventura decidió quedarse en tierras colombianas, como lo hizo.

A poco de estar en Santa Fe de Bogotá se rebelaron los indios en Simijaca, y el general Hernán Pérez, hermano de Jiménez de Quesada, en cuyo Ejército era alférez Olaya —así lo nombran los cronistas de Indias—, le envió a someterlos en unión del capitán Céspedes, otro manchego ilustre. Por entonces tuvo lugar la hazaña conocida histórica y geográficamente por el *Salto de Olaya*, en el cual resultó baldado de una pierna y por lo que le apellidaron *El Cojo*. Lo cierto es que fué agregado como alférez en las huestes del Adelantado D. Pedro Gonzalo Jiménez de Quesada, a quien confió Pedro Fernández de Lugo el mando de la gente que debía salir al descubierto de

las fuentes del río Magdalena. Partieron de Santa Marta el 6 de abril de 1536, con una columna de 700 soldados de a pie y 80 de a caballo, los cuales emprendieron la marcha por tierra, al mismo tiempo que doscientos infantes y marineros subían en lanchas por el citado río. Todos los que tomaban parte en la empresa estaban avezados a la guerra, menos el oficial Herrera y Olaya, que recién llegado de la Península hacía en aquella expedición sus primeras armas. Bien sabía el joven manchego a lo que su noble sangre le obligaba y más de una vez tendría que sufrir las bromas de sus compañeros como bisoño. Era fuerte y ágil, disciplinado y valeroso, paciente en los trabajos y atento, aunque rígido, con sus soldados. Pronto se granjeó el aprecio de éstos y de sus jefes, especialmente del general Jiménez de Quesada, hombre instruído, pues era Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada. Según Blázquez, “el valor y la fortaleza eran cualidades y dotes de Alonso de Herrera, y las poseía en tan alto grado, que el general D. Gonzalo Jiménez de Quesada no sólo daba al alférez Olaya las comisiones que le correspondían por su cargo, sino también aquellas en las que se necesitaba temerario arrojo, incansable vigilancia, ánimo sereno y gran fortaleza; así le vemos en la provincia de Santa Marta hacer gallarda muestra de su valor, pasando a quemar una aldea ocupada por multitud de indios; contribuye eficazmente a derrotar a dos poderosos caciques, y navega por el río de la Magdalena —en esto anda equivocado el ilustre historiador manchego, pues el mismo Jiménez dice en una *Relación* que fué con él por tierra el alférez Olaya—, sufriendo en las exploraciones hechas en busca de tierras fértiles infinitas privaciones; combate con fortuna en un valle que tomó su nombre —prueba de que iba por el interior y no por el río—, salta el primero y se defiende solo, en el Peñón de Simijaca, dando tiempo a que puedan llegar sus compañeros; en la lucha titánica que entabla vese rechazado antes de que lleguen a ayudarle, mas y por el pronto cede ante el violento y desigual empuje de los enemigos; luego cobra nuevos ánimos y cubriendo apenas el cuerpo con su rodela y manejando la espada con presteza, vuelve a subir al áspero repecho. En esto, una piedra desprendida de lo alto lo arrolla y lanza al profundo precipicio, en el cual hubiera encontrado segura muerte, a no ser porque contenido en un arbusto que salía de entre las rocas, perdió violencia, quedando retenido por las ramas”. Tal es el relato de la hazaña del *Salto de Olaya*, nombre con que aún se conoce en América el lugar de la misma.

Llegaron en seguida los soldados de su compañía y lo descolgaron

con precaución del ciriato dilicil en que se encontraba, con el cuerpo magullado, llena de chichones la cabeza y ligeramente herido con su propia espada en una pierna. Conducido al campamento, fué curado de sus lesiones y felicitado por Hernán Pérez, hermano de Jiménez de Quesada, que iba con ellos en la expedición y que era el segundo jefe de la misma.

Repuesto Herrera de sus heridas, fué encargado de dar vuelta a una ciénaga con su compañía, entre las tierras y montañas que habitaban los indios chimilas, raza feroz e indomable que dió que hacer muchos años a los colonos de Santa Marta. Los indios que llevaba como portadores de la intendencia se le fugaron, arrojando antes la carga, por lo que tuvo que hacer razias en varios poblados para sustituir a los huidos. Cumpliendo su cometido cruzó el río Ariguani, fué bien recibido por los indígenas de Chiriguaná y por fin pudo llegar hasta las lagunas de Ramaleque, donde se reunió con la parte de ejército que avanzaba hacia el interior en otra dirección.

Dió las novedades a Quesada y descansó con sus tropas unos días, dedicándose todos a la pesca y a la caza, que por allí abundaba. Mientras unos volvieron en comisión a Santa Marta, desanimados por las muchas pérdidas sufridas, el valeroso general Gonzalo Jiménez arengó a sus mermadas huestes y con el famoso capitán Jerónimo de Inzá y el alférez Alonso de Herrera, entre otros bravos oficiales, reemprendieron la marcha con denuedo, unos por tierra y otros en barcas por el río Magdalena. Los de tierra iban precedidos por un batallón de macheteros, rompiendo por medio de montaña cerrada que jamás había hollado la planta del hombre, pues los indios iban siempre por el agua en canoas. Aquellos bosques enmarañados del trópico, que de manera alucinante nos ha descrito el escritor colombiano Rivera en "La Vorágine", en los cuales crecían apiñados árboles gigantescos, agresivos espinos y plantas trepadoras de toda clase, formaban un espeso muro del que salían roncós rugidos de jaguar y silbidos de serpientes poderosas. Todo les era hostil a nuestros conquistadores, que diezmados por las fieras y las enfermedades iban dejando un reguero de esqueletos a lo largo de aquellos callejones forestales. Los tigres se habían vuelto tan atrevidos que sacaban a los soldados de sus hamacas, en las que los tenían postrados el hambre y las fiebres.

Pero allá va, siempre en vanguardia, el alférez Olaya, ascendido a capitán por méritos de guerra, y después de recorrer ciento cincuenta leguas durante ocho meses consecutivos de indescriptible marcha llegaron a unas islas del río Magdalena, al sitio llamado Tora o Barranca

Bermeja, donde el Adelantado Jiménez de Quesada dió la orden de descansar. Desde allí envió cerca de doscientos enfermos e inválidos a Santa Marta con el Licenciado Gallego y la correspondiente guardia para protegerlos en el camino.

Entre los dos centenares de hombres que se quedaron con el fundador de Santa Fe de Bogotá estaba el oficial Alonso de Herrera y Olaya, capitán de temple heroico y de sentimientos magnánimos, que con gran espíritu y al mando de su compañía empezó a escalar las sierras más agrias de todo el país; sierras que después de cuatro siglos se considera hoy casi imposible cruzar a pie y mucho menos a lomo de caballo, y que permanecen yermas y despobladas como entonces. Tras de penalidades increíbles, llegó Olaya a la cumbre de una cordillera que dominaba campos extensos, llanos y bien cultivados, poblados de alegres caseríos y de un clima benigno. Tenía a la vista las feroces vegas colombianas, bien distintas por lo ubérrimas de lo que hasta allí habían descubierto las gentes aguerridas del caudillo Jiménez de Quesada. Los naturales de aquel país fueron tratados con toda clase de consideraciones y cortesías, comprándoles los españoles cuanto necesitaban a cambio de *rescates* que en previsión llevaban.

Olaya fué de los primeros en descender de la montaña al llano, esperando allí al general D. Gonzalo Jiménez, quien dispuso que se dijera una misa al Todopoderoso en el pueblo de Chipatá, por haberlos sacado con bien en su empresa sobrehumana, en medio de tantas penalidades y riesgos. Ofició el Santo Sacrificio el capellán del Ejército, Fray Domingo de Las Casas. Eran los últimos días de enero de 1537 y Jiménez de Quesada, con el ritual acostumbrado, teniendo a su derecha al capitán Olaya como abanderado, tomó posesión de aquellos feroces territorios en nombre de Dios y de la Corona de Castilla. Poco más de un mes pasaron en obligado descanso las tropas conquistadoras en aquel país que en recuerdo y nostalgia de la bella región andaluza en que transcurrió la infancia del Adelantado llamaron Nuevo Reino de Granada. Fernández de Lugo, como ya hemos escrito, le había confiado a Jiménez de Quesada la conquista del país de los chibchas y al cumplir la orden recibida reveló soberanas condiciones de caudillo. Uno de los oficiales que más lealmente le ayudaron en su empresa fué el manchego Alonso de Herrera y Olaya, en quien las buenas cualidades superaban a los defectos inherentes a los hombres de guerra de la época.

El día 3 de marzo de 1537 dió Quesada a su gente la orden de marcha, ocupando en breve plazo las planicies chibchas de Bogotá y

de Tonja, los valles de Pacho de Cáqueza, Fusagasugá y Teusa; todo el territorio de los cantones de Ubaté, Chiquinquirá, Maniquira y Leiva, y, después de un alto en Santa Rosa y Sogamoso, llegaba otra vez con Olaya hasta lo más alto de la cordillera andina, desde donde se divisaban otros llanos que se llamaban de Sasanare.

A medida que avanzaban Quesada y Olaya con sus gentes de armas, notaban con sorpresa que aquello era un país civilizado, donde los recibían en son de paz y con admiración, pues dioses o diablos debían ser aquellos guerreros barbudos que venían de la parte de montañas sagradas que nadie había podido cruzar desde la noche de los tiempos. Pasada la serrezuela de Nomocón se vieron atacados los españoles por primera vez por las huestes del cacique o *zipa* de Bogotá, que fué derrotado y muerto. Exploraron los alrededores, sometiéndolos al Imperio de España, y el 20 de agosto de 1537 llegaron a la capital del régulo de Tunja. Quesada, en prueba de amistad, quiso abrazar al cacique, sin saber que entre los indios era sagrado y nadie podía tocarlo, lo cual desató las iras de sus guerreros, que amenazaban con sus armas de guerra y sus gritos ensordecedores acabar con los sacrílegos. Las tropas de uno y otro bando estaban separadas, con sus capitanes al frente, y en medio de un verde prado tenía lugar la escena. Quesada midió el riesgo que se le venía encima si no obraba con rapidez y audacia, y según dice un cronista, "hizo una señal a Alonso de Olaya, que era fuerte y valiente a toda prueba, y que comprendiendo los deseos de su general, se apoderó de un salto del anciano *raque* (régulo) y levantándolo en sus membrudos brazos corrió con él hasta donde le aguardaban sus compañeros, amenazando matar al caudillo si sus súbditos trataban de atacarlos. Fué tal el espanto que causó semejante acción a los diez mil tunjanos que el *zaque* tenía bajo su autoridad, que nadie se movió ni trató de liberar al mísero anciano".

Jiménez de Quesada les explicó por medio de un intérprete que el abrazo era una manera de honrar a los altos jefes en el país de donde procedía y que sólo este impulso le había guiado al tratar así al héroe anciano. Con estas palabras, y en vista de las consideraciones y regalos que a su caudillo le hacía el general español, los indios se tranquilizaron, departiendo amigablemente con los hombres blancos.

Olaya y los demás oficiales, por orden de Quesada, visitaron los alrededores, obteniendo oro y plata que unir al botín ya recogido. En estas exploraciones derrotaron a los caciques Tundama y Duitama; Olaya salvó la vida una vez más a su jefe y con él volvió a Suesca, dejando Jiménez de Quesada en esta localidad, y como Gobernador del

Nuevo Reino de Granada, que así bautizó a todo el territorio conquistado, a su hermano Hernán.

Alonso de Herrera y Olaya, el ilustre manchego de la época de Cervantes, había llegado a ser el oficial más estimado del caudillo andaluz y con él se lo llevó también en la poca afortunada exploración de una comarca ribereña del río Magdalena, donde les habían dicho que abundaba el oro. Regresaron a las altas mesetas con cinco soldados menos y después de separar del botín obtenido hasta 1538 la parte que correspondió con arreglo a la ley de conquista al Erario Real, repartió "520 pesos oro a cada soldado de a pie, 1.040 a cada soldado de caballería, 1.500 a las clases de tropa, 2.080 a cada oficial y se reservó para sí 3.640 como General en Jefe".

Siempre en compañía de Jiménez de Quesada volvió a la Auditoría de Santa Marta (Nueva Granada), donde ya rico, pero siempre inquieto, seguiría descubriendo ríos y conquistando tierras para su Patria. Leal compañero y amigo de su jefe D. Gonzalo, debieron dolerle como propias las injusticias e ingratitudes que con él cometieron los Reyes, mal aconsejados por intrigantes cortesanos, atribuyendo todos los honores de la conquista de Colombia a Pedro Fernández de Lugo, que ni se movió de Santa Marta ni hizo nada para merecerlos. Durante el tiempo que Jiménez de Quesada pleiteaba y luchaba en Europa, Herrera y Olaya esperaba con impaciencia su triunfal regreso en América. Por fin le vería llegar con júbilo en 1550, con el nombramiento de Mariscal del Nuevo Reino de Granada, más la recompensa a "facultad para levantar una fortaleza donde quisiera en el país que había conquistado, de la que sería Alcalde perpetuo con renta, privilegio para elegir armas fuera de las que él tenía, el mando de un Regimiento en Santa Fe de Bogotá, 2.000 ducados de renta en las armas reales del Nuevo Reino y 3.000 más en siete pueblos indígenas".

Entre tanto, Olaya, cansado de la vida sedentaria, emprendió una serie de excursiones conquistadoras por Tocaina, Pamplona y Mariquita, y a su costa fué a pacificar a los indios de Bituima; más tarde sometió a los del actual departamento colombiano de Palma y a los del territorio situado entre Honda y la saba de Bogotá. Se ocupó, en unión del alcarreño Hernando de Alcer, en abrir a su costa un camino entre aquellos dos puntos (32 leguas), fundando una población llamada San Miguel de la Villeta, para que sirviese de escala o parador a tropas y viajeros. Además, edificó las célebres Bodegas de Honda, en las que puso un alcaide recaudador de impuestos reales.

Desempeñó altos cargos en el gobierno de la Colonia y fué Señor

de los territorios de Nocaima y Sasaima y otros. Tenía un palacio junto a la Catedral de Bogotá y que en el siglo XVII aún pertenecía a los descendientes, y a un tal D. Juan Manuel Herrera en fecha posterior. Su primer heredero fué un hijo del conquistador, acaso único, llamado Juan Lorenzo, que no quiso ir a América desde España.

Más de ochenta años tenía D. Alonso de Herrera y Olaya cuando concertó con Miguel Díez de Armendáriz la conquista del Valle de la Plata y de Moquegua, lo cual hizo por su cuenta con ciento cincuenta hombres esforzados. Anciano y todo, pero animoso y con una salud de hierro, se puso al frente de la expedición, de la que no volvió, porque pereció en la jornada. Sus oficiales llevaron el cadáver a Santa Fe de Bogotá, siendo sepultado en la Catedral.

En la página 42 de su obra "Conquista i Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada", escrita en 1636 y publicada en Bogotá por el año 1859, dice el Obispo de Santa Marta, don Juan Rodríguez Fresle, que fué padrino de pila del capitán don Alonso de Herrera y Olaya en 1566, al hacer el recuento de los soldados de Nicolás Fredermann, general alemán al servicio de Carlos V en América. La nota completa dice así: "El Capitán Alonso de Olaya, por sobrenombre *el Cojo*, que le quedó de la caída que dió del Peñón de Simijada, que quedó con el nombre de *Salto de Olaya*; sucedió en la encomienda de Facativá i Panchea, que fué conquistador de ellas. El i Doña Juana de Herrera, su hija, doncella, fueron mis padrinos de pila el año 1566. Fue hombre de valor i gran Conquistador; tuvo hijos, que siguieron sus pasos, i de ellos vive (1636) hoy el Gobernador Antonio de Olaya, que sirvió valerosamente en los indios pijaos con el Jeneral don Juan de Borja. Murió el dicho capitán Alonso en la Cosquista de Caguan, i trasladaron su cuerpo a la catedral de esta ciudad (Bogotá)".

Con lo cual queda confirmado cuanto hemos escrito del héroe manchego y además sabemos que combatió también a las órdenes de Fredermann.

BARTOLOME JIMENEZ PATON

La biografía de este célebre humanista manchego, que citan con elogio casi todos los tratadistas de nuestra literatura, es poco conocida y aún lo sería menos sin los estudios que a mitad del siglo pasado le dedicó don Benito Maestre, a quien seguimos en la parte documental, así como a los comentaristas de las obras de Patón. Debió nacer don Bartolomé Jiménez en la villa de Almedina el 15 de agosto

de 1569, según partida bautismal que dice así en el folio 103 del libro correspondiente: "En el 15 de agosto de 1569 bautizó el Bachiller Cristoval García a Bartolomé, hijo de Bartolomé Ximénez y de Apolonia Hernández; fueron sus compadres Pedro Sánchez Ornos, etc.". Y al margen de dicha partida se lee: "Este fué el Maestro Bartolomé Ximénez Patón". Teniendo en cuenta la costumbre de la época era bautizar a los niños en cuanto nacían, por temor religioso a que murieran sin recibir las aguas purificadoras, no está desprovisto de lógica el suponer que naciera en la misma fecha en que fué bautizado. Sus padres eran hidalgos notorios, aunque no ricos, tíos carnales del famoso Arzobispo y glorioso Santo Tomás de Villanueva. Lo certifica así el Secretario de la Universidad de Baeza don Francisco del Molino, que en público testimonio fechado a 8 de febrero de 1619 dice así: "Los testigos de don Diego y don Luis Ballesteros aseguran y declaran que el Maestro Ximénez Patón era de ilustre linaje, pariente muy cercano de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, y que el que tuviese duda sobre esto o sobre alguna parte de tal declaración, que fuese a su casa y se lo demostraría con documentos".

Debió cursar sus primeros estudios en el Colegio Imperial de Madrid, según se desprende de la dedicatoria de uno de los libros publicados por él, dirigida al P. Rector y demás Profesores del citado Instituto, "y los llama padres y maestros suyos, y que quiere volver a su primitivo manantial las luces que ha recibido" (Maestre). Desde la Corte se trasladó a la Universidad de Baeza, sin duda para seguir los estudios superiores, ya que el anotado secretario Molino afirma que ha sido estudiante de ella misma y que en ella leyó una tesis sobre Retórica que había escrito, quizá al licenciarse o doctorarse.

Tuvo que ser alumno distinguido, dados su preparación y su talento, por cuanto su biógrafo Benito Maestre afirma: "El adelantamiento y progresos que hizo en los estudios y humanidades se deja conocer cuando a los veinte años de edad tenía hechas muchas poesías, comedias, autos y otras obras sueltas, divinas y humanas, y particularmente, el libro de las "Victorias del Arbol Sacro", en el que mostró el conocimiento que tenía de la poesía". Tanto que, según Hurtado y González Palencia⁴⁴, fué el que bautizó al *Culteranismo*, "modalidad literaria llamada así por dirigirse estas poesías a los lectores cultos, de cierta preparación literaria, y no al vulgo".

En sus apóstrofes a los malos poetas culteranistas y gongorianos, lo confirmó ya Lope de Vega en aquellos versos que dicen así:

⁴⁴ "Historia de la literatura española", 3.^a edición, pág. 540.

*"Gente ciega, vulgar y que profana
lo que llamó Patón culteranismo."*

En la edición de los "Proverbios morales", de Alonso de Barros (Baeza, 1615), que el ilustre humanista de Almedina concordó y anotó al publicarlos, hace este elogio su paisano y contemporáneo Fernando Ballesteros y Saavedra: "Después se aplicó (Jiménez Patón) a traducir y comentar las obras del insigne poeta Horacio, donde con gran erudición descubrió la que tenía en la noticia de fábulas, historias, antigüedad, propiedad, erudición seglar y cristiana, filosofía natural y moral y conocimientos lingüísticos. Acabada esta obra, porque no sabía estar ocioso (como si lo fuera el dar cinco lecciones cada día en su cátedra), dispuso la "Elocuencia española", en la que se conoció cuán científicamente sabe este arte y lo confirmó en "La retórica latina". El "Epítome de Ortografía latina y castellana", aunque de título humilde, no es menor testigo de sus cuidados y estudios. Ordenó "El perfecto predicador", bien importante para los que quisieran ser. Nos prometió recopilar sus obras en ocho tomos, en cuarenta libros, etcétera". Así se expresa, con respecto a Patón, el culto literato y aguerrido milite de Villanueva de los Infantes. Otros elogios más le dedica en la misma obra ⁴⁵ el Visitador del Arzobispo de Toledo en Cazorla y su distrito, erudito licenciado del mismo nombre y apellidos que el anterior, pues el Capitán de Milicias era sobrino suyo. Para darnos una idea de la cultura y trabajo que supone anotar una obra como los "Proverbios", bastará con señalar que Barros los escribió en castellano y Patón los puso a seguido de cada uno el correspondiente latino, extraído de los autores clásicos. Pongamos un ejemplo del método seguido:

Barros: "Ni más seguro consejo que mirar siempre a la fin".

Patón: "Finis hominis mente vivere mentis vitae Deus" (Horat, lib. III, Oda 28).

Y así, sucesivamente, hasta coanotar un millar, sacándolos de las más diversas fuentes bibliográficas latinas.

Bartolomé Jiménez Patón fué profesor, después de 1588, del famoso poeta Conde de Villamediana, don Juan de Tassis y Peralta, asesinado en circunstancias misteriosas, quien siempre tuvo por su maestro gran admiración y respeto, pese a su carácter burlesco y satírico. Indudablemente, Patón fué uno de los humanistas y polígrafos mejor preparados de la época de Cervantes, pródiga en hombres genia-

⁴⁵ Proverbios morales heráclitos de Alonso de Barros, concordados por el Maestro Ximénez Patón, impresa por Pedro de la Cuesta, Baeza, 1615.

les, y Lope de Vega, en "El Laurel de Apolo", silva cuarta, lo reconoce así:

*"De hoi más porque la envidia no se atreva,
Pues Ximénez Patón enseña y prueba,
Que están en su retórica difusas,
Llámesse Villanueva de las Musas,
Las figuras confusas.
Antes de su elocuencia,
Con el sol de su ingenio y de su ciencia,
Tan claros manifiestan sus secretos,
Que le deben colores y conceptos
Cuantas plumas escriben,
Y en la docta región de Apolo viven."*

No cabe más completa y cabal valoración del ilustre manchego, hecha nada menos que por el *Monstruo de la Naturaleza y Fénix de los Ingenios Españoles*, títulos que le concede Cervantes a la fecundidad y talento de Lope.

Benito Maestre se hace lenguas del "continuo estudio que tuvo Patón para adquirir un conocimiento tan general como manifiesto en su propio idioma y en los sabios de Roma y Grecia, en los autores del Siglo de Oro y en la Filosofía".

Se sabe documentalmente que durante cinco años fué Maestro de Humanidades en Alcazar, donde tuvo excelentes discípulos, como Diego Tornel Mejía, autor de una "Apología de Patón hecha y dicha en Villanueva de los Infantes". Más tarde, en 1618, era Catedrático de Elocuencia en Villanueva y al mismo tiempo Correo Mayor de la villa manchega, sin duda por merced de su discípulo el Conde de Villamediana, que era a la sazón, por concesión real, Correo General Mayor del Reino o de su Majestad el Rey de las Españas; cargo parecido a lo que es hoy Director General de Correos. "Esto —observa Maestre—, unido a su cátedra de Elocuencia, le ayudaría a vivir con tal cual comodidad en medio de su poca fortuna; que bien puede discurrirse sería así, cuanto Patón tuvo que aplicarse a semejante ejercicio y aun a pasar en igual clase a otras partes." ¿Qué lugares fueron éstos? Ni lo hemos podido averiguar, ni el autor citado nos lo dice.

Luego desempeñó el cargo de Notario de la Curia Romana en Murcia y casó a finales del siglo xvi con doña Juana Hervás Monsalve, de cuyo matrimonio nacieron varios hijos, sin llegar a adultos más que los llamados Alonso Martínez Ximénez y Feliz Patón Monsalve. Doña Juana murió después que su marido, en Almedina, a 10 de noviembre de 1646.

Debido a la incuria de la familia y de sus contemporáneos se ignora el paradero de casi todo lo que dejó inédito el Maestro Bartolomé, desaparecieron sus comedias y sus dramas, los papeles y documentos de sus ascendientes, la valiosa correspondencia con los hombres más sabios de su época, y todo cuanto pudiera ilustrar la biografía del polígrafo manchego. Parece ser que Patón “unió a una grande erudición y estudio, una notoria piedad y religión que manifestó no pocas veces aun en las cosas más nimias”. La lista de sus obras conocidas es como sigue, por orden cronológico:

“La Retórica latina”.

“Las Victorias del Arbol Sacro de la Cruz”.

“Varias comedias, autos sacramentales y otros discursos sueltos”.

“El perfecto Predicador”, Baeza, 1612.

“Epítome de la ortografía latina y castellana”. Baeza, 1614.

“Proverbios morales heráclitos de Alonso Barros, concordados”, Baeza, 1615.

“Discursos sobre la langosta”, Baeza, 1619.

“Mercurius Trimegistus, sive de Tríplice eloquencia sacra, Española-Romana”, Baeza, 1621.

“Decente colocación de la Santa Cruz”, Cuenca, 1625.

“Declaración magistral de varios epigramas latinos de Marcial”, Madrid, Cuenca y Baeza, 1628 a 1630.

“Historia de la ciudad de Jaén y de algunos hijos della”. (En colaboración con Pedro Ordóñez de Ceballos), Jaén, 1628.

“Discursos de los tufos, copetes y calvas”, Baeza, 1629.

“Declaración preámbula del salmo *Beati Inmaculatis*”. Año 1633.

“Discurso en favor del santo y loable estado de la limpieza”, Granada, 1638.

“Reforma de trajes y el buen uso del tabaco”, Baeza, 1638.

Además, escribió obras menores de texto para los estudiantes de los primeros grados, y varios prólogos, opiniones críticas y cartas literarias sobre temas y libros sometidos en consulta a su gran autoridad humanística, ya que Jiménez Patón era uno de los polígrafos más eminentes de su época. Lope de Vega lo certifica así, no regateándole sus elogios en prosa y versos según hemos visto. A propósito del “Discurso de los tufos”, Lope escribe a Patón desde Madrid, con fecha 5 de noviembre de 1627, lo que sigue: “He leído su discurso, y es lo mejor que ha escrito V. y he visto en su pluma. Anímolo a que publique este trabajo, que será lucidísimo entre los muchos estudios con que honra la Patria, da erudición a sus discípulos y a mí que me pre-

cio tanto de serlo, y que amo a Vm. como debo". No cabe elogio más cumplido ni crítico más eminente en materia de letras, ya que Lope declara como un gran honor poderse llamar discípulo del insigne humanista manchego.

Detenemos a analizar las obras del Maestro Bartolomé Jiménez Patón, que por fortuna se guardan en nuestra Biblioteca Nacional, sobre ser tarea superior a nuestras fuerzas, quedaría fuera del rápido propósito de estas biografías. Está aún por escribir el libro que el genio merece.

Digamos, para terminar, que Patón murió pobre como había vivido, pese a la fama bien merecida que gozaba en España y fuera de ella, en la época más fecunda e ingeniosa que registra la Historia de nuestras letras. Se sintió gravemente enfermo a los setenta y un años de edad en Villanueva de los Infantes y el 3 de abril de 1640 expiraba santamente. Fué enterrado sin pompas mundanales y hoy no recuerda su egregio nombre ni una modesta lápida sepulcral que diga a propios y extraños: "Aquí yacen los huesos del Maestro Jiménez Patón, uno de los españoles más ilustres de la época de Cervantes."

EL P. MAESTRO FRAY AGUSTIN LOPEZ

Ilustre teólogo cisterciense, Abad de los Monasterios de Valbuena y la Vega, "varón tan ejemplar, piadoso y de prendas tan relevantes, que Manrique le reputó por digno de numerarse entre los *Varones Insignes*", según dice un cronista de la Orden del Cister.

Nació tan culto y santo varón en Argamasilla mediado el siglo XVI, tomando el hábito en el Monasterio de Valbuena a 6 de marzo de 1573. Estudió con tesón ejemplar y fué hombre sapientísimo en letras, que en su juventud tradujo y anotó el libro latino "Boecio de Consolación", Valladolid, 1598.

Es autor de las obras "Exemplos de fortaleza y daños de la ambición" (Valladolid, 1604); "Las Constituciones de la Orden de Cister conforme al fervor de sus primeros y antiguos hijos" (Valladolid, 1595, y Duay, 1633) e "Información en Derecho y Teología del poder de la Señora Abadesa del Real Monasterio de las Huelgas, por Fr. Agustín López, Monge del Monasterio de Valbuena de Duero, de la Orden de nuestro P. San Bernardo".

Se ocupan de este ilustre Abad todos los cronistas cistercienses, y Fray Roberto Muñiz en su "Biblioteca del Cister español" (Burgos, 1793), página 189, escribe: "Pero la obra que hará inmortal la me-

moria del Maestro López es la de las Constituciones, que juntamente con el P. Fr. Gaspar de Ubeda, hijo de su mismo Monasterio, formó para el gobierno y régimen de las Monjas Recoletas de San Joaquín y Santa Ana, de Valladolid, aprobadas primero por el Legado de la Silla Apostólica, y después por los Sumos Pontífices Clemente VIII y Paulo V, aquél en 19 de noviembre de 1601 y éste en 7 de enero de 1606”.

Se trata de la obra que hemos consignado en segundo lugar. Nuestro manchego murió en Valbuena de Duero en el año 1614, dos antes que el *Manco de Lepanto*.

AMADIS LOPEZ DE CANGAS

Este ilustre Caballero manchego, natural de Almagro, vivió a fines del siglo XVI y fué amigo de Cervantes.

JERONIMO PABLO DE MANZANARES

Distinguido Arcipreste de Uceda en las Alcarrias, natural de Manzanares, Maestro de Sagrada Teología y escritor tan notable que llegó a ser Secretario de D. Luis Requesens y del Cardenal Pacheco, quienes lo distinguían con su amistad.

Hay dos ediciones de su obra “Estilo y formulario de Cartas familiares”, ambas hechas en vida de su autor, en Madrid, años 1600 y 1607.

LUIS DE MANZARIEGOS

Ilustre manchego, capitán esforzado en la conquista de Méjico y uno de los compañeros más distinguidos de Hernán Cortés. Fundó en la región mejicana de Chiapas una importante población, a la que en recuerdo de su patria lejana bautizó con el nombre de Ciudad Real.

Vivía en 1565; consta que sirvió en Méjico como capitán a las órdenes de Hernán Cortés; varios autores, entre ellos Herrera y Salazar, afirman que en dicho país de Tierra Firme luchó contra los indios chapotecas y mingues, y Calcagno en sus obras dice que Manzariegos fundó varias villas en Nueva España, entre ellas Ciudad Real de Chiape, en una antigua provincia de la América Central, hoy perteneciente a Méjico.

Este ilustre manchego, contemporáneo de Cervantes, fué el conquistador de Chiapas, esfuerzo no pequeño si se tiene en cuenta que

la Cordillera de los Andes se halla allí constituída por inmensas rocas, muchas de ellas cortadas a pico, y por consiguiente, casi inaccesibles, donde se habían parapetado los indios. El río Chiapa, del que toma nombre la región, riega aquel territorio que, espada en mano y al frente de sus tropas, exploró Luis de Manzariegos, conquistándolo para la Corona de Castilla. Aún se recuerda una eminencia en la que luchó el capitán manchego, señalándola Cubas en su "Diccionario de Méjico" con el nombre de *Cerro de la Batalla*.

Cuando Cortés realizó su viaje a Honduras acompañóle Manzariegos, compartiendo con él las hazañas de tan fatigosa excursión por un país completamente desconocido, casi sin recursos, bajo un sol abrasador y luchando con escasas, pero aguerridas, tribus de indios feroces. Hay que tener en cuenta que realizaron un viaje de más de quinientas leguas y que les duró más de dos años. Herrera refiere que en un trecho de unas treinta y cinco leguas tuvo que cruzar la armada expedición más de cincuenta ríos y pantanos, improvisando puentes y balsas para cruzarlos, hasta llegar al país de Alcalá. Antes habían cruzado por Chontalpa, en el estado moderno de Tabasco; por Iztapán y muy cerca de las célebres minas de Palenque, soportando las mayores fatigas en medio de selvas vírgenes, pobladas de fieras, y de bosques milenarios, en los que tenían su guarida los indios más bárbaros y las serpientes mas enormes.

El capitán Manzariegos prestó excelentes servicios a la tropa, no sóio como oficial valeroso en los combates, sino también como proporcionador de víveres en el territorio de Petén-Itza y en los alrededores de una gran laguna, no localizada por los geógrafos modernos y sí citada por varios cronistas de las Indias.

Como todos, empezando por Hernán Cortés, caminó penosamente por la provincia de Chol, sufrió hambre en las selvas de Vera-Paz, entró en el poblado indio de Nito y tras numerosos incidentes, cuyo relato constituiría por sí mismo un libro interesante, volvió a la capital azteca con el Conquistador de Méjico, quien siempre le tuvo en el más alto aprecio por su valor sereno y su probada lealtad. Debíó morir muy anciano, hacia finales del siglo XVI.

FERNANDO DE MENA

Este ilustre doctor en medicina, médico de cabecera del Rey Felipe II y Catedrático de Prima en la Universidad de Alcalá de Henares, vió la luz de la vida en Socuéllamos en el primer tercio del si-

glo XVI, aunque Andrés Scoto y Valerio Andrés Taxader pensaron que era portugués, cosa desmentida por los escritos del doctor Román de la Higuera, de la Compañía de Jesús. Mena fué uno de los doctores que tomaron parte en la consulta de la Casa Real con motivo de la caída del Príncipe de Asturias D. Carlos.

Seguidor consciente y desapasionado de Galeno, he aquí lo que dice de él nuestro manchego en una de sus obras: “Crió la Naturaleza a Galeno para que explanase las antiguas sentencias hipocráticas, las cultivase y especificase hasta lo más mínimo, patentizase los verdaderos métodos de curar y tratase con diligencia cuanto debía hacerse en la curación de los males.”

Era uno de los médicos más célebres de su tiempo, agudísimo de ingenio —según Próspero Marciano—, y falleció en Madrid de afección calculosa, según refiere su discípulo, y también famoso médico real, el Dr. Francisco Díaz, en su obra “Tratados de las enfermedades de los riñones y vejiga”.

Dejó publicadas el Dr. Mena las obras siguientes: “Liber Galeni de urinis omnium medicorum facile principis” (Alcalá de Henares, 1553, impresor Juan Brocar); “Claudii galeni de pulsibus ad Tirones liber, a graeco in latino sermone conversus” (Alcalá de Henares, 1553); “Liber de ratione permiscendi medicamenta, quae passim medicis veniunt in usum, dum morbibidentur” (Alcalá, 1555); “Commentaria in libros Galeni de sanguinis missione et purgatione” (Alcalá, 1558 y Turin, 1557); “Methodus februm omnium et earum symptomatorum curatione Hispaniae medicis potissimum ex usu” (Alcalá, 1568); “Ethiopica” (1564) y “Antonio Lhesci de Joco putredinis in hebribus inter sustentatibus” (1625). Escribía correctamente el latín científico de su tiempo y conocía a perfección las obras de los tratadistas antiguos y modernos, los interpretaba con originalidad, rectificando incluso los errores en que incurrieron.

Dice Antonio Fernández Morejón del libro que citamos en quinto lugar que “en tan interesanté obra del método de curar las fiebres, a la que están unidos los comentarios a los libros de Hipócrates del parto sietemesino y el de los purgantes, volumen que dedica a la reina Isabel, esposa de Felipe II, es el que más contribuyó a dar a conocer el sobresaliente mérito de este célebre médico español”, el doctor manchego de Socuéllamos.

LUIS MERLO DE LA FUENTE

Ilustre hijo de Valdepeñas, en donde nació entre los años 1550 y 1560, ya que moría ochentón en 1638. Estudió Leyes y Jurisprudencia en Salamanca, en el viejo Colegio de San Bartolomé. Ejerció como letrado en la Península y después partía para las Indias como Oidor, siéndolo desde 1588 en las Reales Audiencias de Panamá, Lima y Chile; fué Alcalde del Crimen en el Perú, Residente de Gobernadores, Inspector o Visitador Real de funcionarios civiles, así como de las fuerzas militares y marítimas en Panamá, Portobello, Cartagena de Indias, etc.; fundador de la Real Audiencia de Santiago de Chile, Presidente del Tribunal de la Santa Cruzada en América, llegando a ser, por último, Virrey y Capitán General del Reino araucano.

En la recopilación de documentos inéditos para la Historia de Chile, llevada a cabo en una serie de volúmenes por don José Toribio Medina y en las historias generales del país araucano, aparte ciertos estudios sobre Panamá y el Perú, hay materia suficiente para escribir un grueso libro biográfico en torno a la vida y servicios del manchego Luis Merlo de la Fuente. Vasco, en sus "Valdepeñeros ilustres", dedica unas páginas a recoger varias citas de relativo interés, cálidamente elogiosas, quizá con exceso, de Alonso de Ovalle, Santiago de Tesillo, Ruiz de Vergara y Melchor Jufre del Aguila, casi todos ellos tratadistas de historiografía chilena; pero faltan la parte directamente documental y los juicios de los cronistas de la época. Traerlos aquí sería cosa fácil, pero imposible, dada la brevedad y la orientación de este trabajo.

Merlo de la Fuente fué hombre honrado a carta cabal, buen cristiano, docto en leyes y humanitario con sus subordinados. Todo esto lo hace ya simpático al leer los avatares de su vida, en la que no se dió un momento de reposo, sirviendo con lealtad en América a tres reyes, los Felipe II, III y IV, acreciendo el menguado Tesoro Real con multas de toda clase, mercedamente impuestas, sin reservar para sí más que los gastos y los trabajos; fueron tantos que terminó sus días lleno de achaques y tullido de los pies. De 1588 a 1638 laboró sin descanso, incluso después de ser jubilado.

Además de probo administrador y enérgico hombre de justicia, fué militar distinguido, cosa no frecuente en un letrado ya entrado en años. Dice Vasco, tomándolo de los autores citados, que "siendo

Gobernador y Capitán General del Reino y Guerra de Chile y Presidente de aquella Real Audiencia, en virtud de cédula especial por muerte de Alonso García Ramón, peleó con su ejército cuatro meses continuos por las tierras más belicosas de aquellos enemigos". Salió victorioso siempre; demostró ser un buen estratega, ganándoles tres batallas importantes a los feroces araucanos, con fuerzas muy inferiores a las de los indios, a los que causó en un combate cerca de mil muertos, cogiéndoles botín de guerra y muchos prisioneros, a la vez que daba libertad o rescate a cientos de españoles, "soldados y mujeres que de cinco ciudades que asolaron tenían cautivos".

Merlo, como General, fué un padre para sus soldados, pues "condolido de la desnudez que pasaban, gastó más de 12.000 ducados de su hacienda en limosnas y socorros que les hizo", repartiéndoles camisas, vestidos, medias y calzado confortables. Cuando fué relevado por el nuevo Gobernador de Chile, llegado de la metrópoli, no tenía Merlo de la Fuente otra hacienda que su sueldo y la ropa que llevaba puesta. Pudo ser inmensamente rico y lo repartía todo entre sus necesitadas huestes. Fué sabio, valiente, inexorablemente justo y muy generoso, por lo que dice Tesillo en la "Guerra de Chile", que "debe contarse entre los héroes y capitanes un togado cristiano, hombre de gran corazón, a cuyas cenizas se debe respeto, ya que en su toga se miró acreditado el valor militar, tuvo inteligencia trascendente, conociendo que la llaga de la guerra necesitaba de fuego y de hierro para sanarse", y añade, que "el Doctor D. Luis Merlo era celoso y desinteresado en el servicio de su rey". El autor quizá lo conociera, puesto que escribía en Lima por el año 1647.

Jubilado con el sueldo entero de Primer Oidor en Indias, después de haber sido Virrey y Capitán General de Chile, cargado de honores y de alifafes, murió santamente en la capital del Perú, dejando viuda y cinco hijos que se distinguieron en América. Era el año 1638 y fué enterrado en la Catedral limeña.

JUAN DE MESTANZA Y DE RIBAS

Este ilustre poeta manchego, citado por Miguel de Cervantes en su "Viaje al Parnaso", debió ser natural de Mestanza, pueblo en el que se alzaba en tiempos un famoso castillo árabe, villa actual que en los siglos XIII y XIV fué aldea de Puertollano y en el XV Encomienda de la Orden de Calatrava. Es Mestanza, por lo corriente que era en la época adoptar los literatos como pseudónimo o parte de su firma

literaria el pueblo de su naturaleza, costumbre tomada quizá de los militares y de los religiosos.

Cervantes, buen catador literario, dice así en las estrofas 21 y 22 del Capítulo VI de su "Viaje al Parnaso":

*"Llegó Juan de Mestanza, cifra y suma
De tanta erudición, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó la Guatemala,
Y le trujo en su ayuda para ofensa
De la canalla en todo extremo mala."*

Luego estuvo en el Centro América, en el Reino de Guatemala, con los conquistadores. ¿En calidad de qué? ¿Fué militar, religioso, funcionario civil o encomendero? Parece que fué Fiscal de la Audiencia de Guatemala a finales del siglo XVI, según anotan Adolfo Bonilla y Rodolfo Schevill en la estrofa 71 del "Canto de Caliope", sin decir de dónde tomaron dato.

En nuestras búsquedas por hallar un rastro de Indias de tan interesante personaje, sólo hemos hallado un tal Francisco de Mestanza, quizá padre, hermano o familiar del poeta manchego. Este Francisco estuvo en el Reino de la Nueva Granada —la Colombia actual— con el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, después de haber llegado a Santa Marta en la expedición de Pedro Fernández de Lugo. Parece que este Mestanza no fué nada benévolo con los indios, puesto que el Gobernador de la Colonia neogranadina se vió obligado a quitarle por dos veces las Encomiendas que disfrutaba en pago de sus servicios de guerra o conquista, primero la de Pasca y después la de Cajicá. Sábese que este supuesto deudo de Juan de Mestanza, manchego como él, según declara ante el Cabildo de Santa Marta, se fué a vivir al pueblo de Mariquita, donde le dieron nuevo repartimiento de indios y allí se estableció definitivamente. Vivía en 1562 y murió, sin dejar descendencia, en fecha ignorada.

Antes de partir para las Indias, Juan de Mestanza vivía en Sevilla, extremo que confirma Cervantes en la octava LXXI del "Canto de Caliope", inserto, como es sabido, en el libro sexto de *La Galatea*:

*"Oh tú, que al patrio Betis has tenido
Lleno de envidia, y con razón quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de su canto numeroso!"*

*Alégrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, Juan de Mestanza generoso,
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el grato cielo."*

Pero de este poeta prolífico, si hemos de dar crédito a esa afirmación cervantina del "canto numeroso", sólo se conoce un soneto incluido en el poema alegórico "Navegación del alma", de Eugenio de Salazar, citado por Bartolomé José Gallardo y los anotadores⁴⁶ de las obras poéticas de Cervantes; aunque no por don Marcelino Menéndez y Pelayo al ocuparse de Juan de Mestanza en su "Historia de la Poesía hispano-americana", página 178 del primer tomo. Es cuanto se sabe de tan ilustre manchego.

ANTONIO DE MOLINA

Orador sagrado elocuente y buen escritor de obras religiosas, de las cuales se conocen muchas ediciones. Por ejemplo, de la titulada "Instrucción de sacerdotes en que se da doctrina muy importante para conocer la alteza del sagrado oficio sacerdotal y para ejercitarle debidamente", hay más de veinte tiradas, por este orden: Andomarópolis, 1613; Colonia, 1618; Lugduni, 1639; París, 1643; Colonia, 1644; Andomarópolis, 1652, y las diferentes de Madrid, Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Gerona, Alcalá y otros lugares, sin contar que fué traducida a varias lenguas.

Otra de las obras más celebradas de Antonio de Molina es: "Ejercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la oración mental, reducidos a doctrina y meditaciones sacados de los santos Padres doctores de la Iglesia", editada en Burgos, 1615; Zaragoza, 1656; Madrid, 1653, y Milán (en italiano), 1634.

Además es autor de los "Ejercicios espirituales para personas ocupadas deseosas de su salvación", Burgos, 1613.

Este ilustre escritor manchego, que citan varios autores, entre ellos Nicolás Antonio, nació en Villanueva de los Infantes y era hijo de Antonio Molina y de Francisca Herrera. Profesó en Salamanca por el año 1575 en los monjes ermitaños de la Orden de San Agustín, siendo Lector de Suma Teología y P. Prefecto del Convento de Soria. A todos estos cargos renunció por seguir una vida de penitencia más áspera y austera como fraile cartujo y se distinguió por sus

⁴⁶ Cayetano Alberto de la Barrera, Jaime Fitzmaurice-Felly, Adolfo Bonilla y Rodolfo Schevill.

muchas virtudes y gran piedad en la burgalesa Cartuja de Miraflores, en la cual murió en olor de santidad el año 1619, tres después que Cervantes. Allí descansan las venerables cenizas de este manchego ilustre.

La primera de sus obras, ya citada, que trata de la doctrina religiosa necesaria para alcanzar y conocer toda la grandeza del santo oficio sacerdotal, tuvo un gran éxito en su tiempo y a lo largo del siglo XVII, vertiéndose al italiano por el Obispo de Pinciano, don Virgilio Guignoni; al latín, por el fraile dominico belga Nicolás Jansenio y a otros idiomas, por notables tratadistas en la materia.

PEDRO DE MORALES

De este manchego notable venimos a saber, poco más o menos, lo que afirma Eusebio Vasco en sus "Valdepeñeros ilustres": que nació en Valdepeñas a mitad del siglo XVI, que se doctoró en Leyes por la Universidad de Salamanca, que ejerció la carrera de abogado hasta que se hizo jesuíta, profesando en la Compañía de Jesús el día 21 de septiembre de 1582, en la ciudad de los Angeles (entonces Nueva España y hoy California), de cuyo Colegio llegó a ser Padre Rector.

Hombre de gran cultura humanista, versado en letras divinas y humanas, don Pedro de Morales fué una relevante figura en el Siglo de Oro mejicano, descollando como escritor preparado, orador elocuente y docto catedrático de Teología moral. Fué uno de los consejeros más descollantes del III Concilio Mejicano, celebrado en el año 1585, y escribía indistintamente en castellano y en latín. Le mencionan con elogio Nicolás Antonio⁴⁷, Luis Fernández-Guerra⁴⁸, Agustín y Luis Bácker⁴⁹ y los cronistas provinciales Blázquez, Hervás, etcétera, todos ellos muy de pasada.

Sus obras —algunas de ellas— merecieron ser reeditadas, y de las que se tiene noticia fueron escritas por este orden cronológico: "De las reliquias de Santos que de Europa se llevaron a la Nueva España y por los Padres de la Compañía de Jesús fueron con grande pompa y veneración colocadas en la Ciudad de Méjico el año 1578". La primera edición hizose por el impresor Antonio Ricardo en México, año 1579.

"Vida del Venerable Padre Doctor don Pedro Sánchez, primer

⁴⁷ "Bibliotheca Hispana Nova", tomo II, pág. 219.

⁴⁸ "Biografía de Ruiz de Alarcón", pág. 110.

⁴⁹ "Bibliothèque de Escrivains de la C. de J.", tomo II, pág. 1371.

Prelado de los Jesuitas en Méjico". Se conserva el manuscrito original.

"In caput primum Mattahaei de Christo Domino, sanctissima Virgine Deipra Maria, reoque ejus dulcissimo it virginali sponso Josephe libri quinque.—Lagduni apud Horatium Cardon 1614". Esta es su obra más importante, de la cual se hicieron varias ediciones en París durante el siglo XIX, siendo por último traducida y editada en francés, en tres tomos, por el Abate Bénac.

Con fama de erudito ensayista, de docto profesor y, sobre todo, en olor de santidad, el P. Pedro de Morales murió lejos de Valdepeñas, añorando la tierra que lo vió nacer, el día 6 de septiembre de 1614, dos años antes que Miguel de Cervantes.

GASPAR DIEGO MUÑOZ ("Junípero de San Francisco")

Según Blázquez, Jara y otros autores que vieron documentos locales desaparecidos y que tomaron datos sucintos de la "Biografía Eclesiástica completa", este ilustre y original compañero de Fray Juan Bautista de la Concepción vivía en la época de Cervantes y era nacido en Ciudad Real. Fué hombre de clara inteligencia y viva imaginación, un tanto taumaturgo y extravagante en su manera de entender la vida religiosa; pero profundamente disciplinado y obediente a la voz ortodoxa de la Iglesia.

Hijo único, tardío y deseado, de una familia rica de Ciudad Real, vió la luz en el año 1580. Sus padres le permitieron, sin duda, todos los caprichos en su infancia y esa educación dejó honda huella en su temperamento exaltado. Pronto dió muestras de su inclinación a la vida contemplativa, pues estando con sus hidalgos padres en el campo, en una de las muchas fincas rústicas que poseían, se pasaba tardes y noches con la vista clavada en el discurrir de los arroyos, en la verde hierba de los prados y en los gibosos lomos de las pardas nubecillas. Sentía un amor panteísta por todo lo creado, una admiración casi franciscana por la grandeza del cielo y las bellezas naturales, los cuales le hacían olvidarse de todo, incluso de cumplir sus necesidades fisiológicas más perentorias y de atender a sus padres que lloraban en silencio las rarezas del adolescente.

Pero el joven Gaspar Diego Muñoz, muchacho de psicología extraña y mudable, cambia en seguida sus contemplaciones bucólicas por la alborozada vida estudiantil, paseando alegre con pícaros y sopistas

bajo los porches de la incomparable Plaza Mayor de Salamanca. Bebe, juega y persigue mozas de fáciles maneras por las orillas del Tormes; pero también es cierto que no olvida los libros y que estudia de firme.

Otra vez vientos mudables soplan en la veleta poco firme de Gaspar Diego Muñoz, empujándole por rumbos en los que nunca soñara. Es hombre hipersensible, carente de firmeza en sus propósitos, en el que influyen con facilidad el último que llega y los hechos más imprevistos. Así un día pasa cerca de las doradas piedras universitarias la sandalia andariega de un fraile que empezaba a ser famoso. Era el P. Juan Bautista de la Inmaculada Concepción, el activo reformador de la Orden Trinitaria, al cual suplica el estudiante que se lo lleve con él a la Tebaida de la Biemparada. Le hace reflexiones el religioso sobre la dureza y el rigor de la vida monástica; pero el estudiante manchego, ilusionado con la aventura mística de sus flamantes y definitivos sueños, insiste y parte en compañía del monje para Valdepeñas. Ha dejado en Salamanca cuanto poseía a sus compañeros de hostal y sólo lleva al hombro un atillo exiguo con lo indispensable, formado en un pliegue de su capa estudiantil.

Ya en el convento adopta el nombre religioso de Fray Junípero de San Francisco, quizá en memoria y veneración de aquel franciscano que dejó huellas fecundas de su paso por las tierras de Méjico. Diego Muñoz, novicio, extrema las reglas inextremables de la Orden y con santa furia azota su robusto cuerpo; no come apenas, ni bebe, ni duerme; viste los hábitos raídos que abandonaron por imposibles los más humildes legos de la Comunidad; hace con alegría los trabajos íntimos del convento; visita y cuida los enfermos; busca el trato de los miserables, y obedece a sus hermanos de religión con disciplina increíble. Pero todo lo hace de modo natural, como el que no quiere la cosa y vanos afanes por distinguirse. El varón manchego ha encontrado su verdadero camino y ya será inútil que el diablo quiera tirarle de la estameña de su flaca voluntad para apartarlo del camino de la virtud.

Inútil es que mueran sus padres y que, heredero universal de su fortuna, los negocios requieran su presencia en Ciudad Real. Fué, eso sí, al entierro de su progenitor, derramó tiernas lágrimas sobre su tumba; pero dejó el mundo y se tornó al yermo de Valdepeñas, repartiendo antes su cuantiosa hacienda entre la Orden y los pobres, que es lo mismo que darla por entero a los desheredados. Como sus paisanos lo tuvieron por santo, escandalizado Fray Junípero de San Francisco hizo lo posible para que más bien lo tuvieran por loco.

El P. Juan, como superior y maestro, le mandó que escribiera su

vida, lo cual empezó a poner en práctica por espíritu de obediencia; pero como sólo consignaba en el manuscrito sus faltas y defectos, lo relevó de tal orden.

Dice un cronista que "si en el orden moral se esforzaba en encontrar torturas, otro tanto le sucedía en el orden físico; por esto sólo hacía una comida cada veinticuatro horas, dormía muy poco y casi constantemente estaba recitando salmos e himnos a la Pasión de Cristo, y en cuanto a los castigos corporales ideó uno terrible, hallándose en el convento de Madrid. Consistía éste en una anilla empotrada en la pared; de ella pendía una sortija que formaba parte de una cadena con esposas que, sujetándole, le obligaba a permanecer de rodillas, y en esta posición, cada vez que se abría la puerta venía a golpear su cabeza". Siempre estaba ideando espantosos cilicios y aparatos de tortura que ponía en práctica, si se lo consentían los superiores. Llevó mucho tiempo rodeada al cuerpo una enorme cadena, de espesas anillas, que por encima de los hombros le cruzaba pecho y espalda. Con ella puesta oraba, trabajaba y dormía.

Algún tiempo vivió anacóreticamente en una especie de gruta en los desiertos de Socuéllamos, edificando algunos milagros. Sábese que fué a Roma y que lo recibió el Papa, al cual suplicó que le permitiera ir a misionar al Africa e Inglaterra; pero Su Santidad se atuvo a lo que dispusieran los superiores religiosos de los que dependía, y éstos no debieron estimarlo conveniente.

Para implorar el socorro del Cielo en favor de sus propósitos estuvo seis días consecutivos de rodillas, orando, hasta que, completamente desvanecido, lo tuvieron que retirar de la capilla en que se encontraba. Murió en olor de santidad en su villa natal —que entonces se llamaba Villa-Real—, el día 8 de febrero de 1615, un año antes de fallecer el autor del *Quijote*.

GREGORIO NACIANZENO

En 1548, un año después que Cervantes, nacía en Villarrubia de los Ojos, de humildes padres, un niño que se llamó Gregorio Martínez López. Desde los primeros años de su vida dió muestras de clara inteligencia, gran bondad y extraordinarias virtudes en relación con nuestra sacrosanta fe católica.

Algún religioso del pueblo aconsejó a los padres que lo enviaran al Seminario de Alcalá donde podía disponer de una beca y seguir la carrera eclesiástica. No parecían éstos muy propicios a que estudiara

sacerdote, quizá por lo cual no pudo marcharse Gregorio a la ciudad complutense hasta que fallecieron. Pérdida tan irreparable lo indujo aún más a seguir los caminos de Dios, apartándose del mundo, pues tenía recia vocación de pastor espiritual, y en 1573 lo vemos ya vistiendo la negra sotana y ordenado sacerdote.

Era a la sazón Alcalá de Henares una de las primeras ciudades universitarias de España y allí le aconsejaron al joven sacerdote, Gregorio Martínez López, dadas sus prendas naturales y su saber profundo, que se marchase a ejercer su profesión a una capital de importancia, donde pudiera destacarse su virtud y brillar su talento. Salamanca, Sevilla o Valladolid eran lugares a propósito para hacer carrera los que tenían cultura e ingenio.

Pero el P. Gregorio quiere volver a su villa manchega, rezar a diario sobre las tumbas de sus amados padres, oficiar en los altares que admiró desde pequeño y vivir con sus hermanas una existencia dulce, recogida, humilde, de caridad y de oración.

Siendo párroco de Villarrubia del Guadiana se distingue por su ayuda a los desvalidos y por la ejemplaridad de sus costumbres. Cierta día en familia, tras de haberle dado gracias a Dios en la hora del frugal almuerzo, expone su deseo de ingresar en la Orden Dominicana o de Comendador eclesiástico en la de San Juan. Pero sus hermanas se lamentan del abandono en que va a dejarlas y el santo varón desiste del propósito.

Cada día que pasa es más austero, más virtuoso, más amado de sus feligreses y paisanos, que aun a riesgo de herir su excesiva modestia van pregonando la fama de su saber y de su santidad por los pueblos comarcanos. Las monjas de Malagón quieren conocer al P. Gregorio, lo mandan llamar y él no puede negarse a visitarlas. Allí encuentra a Santa Teresa de Jesús, la Doctora de *Las Moradas*.

La abulense, con su perspicacia habitual, comprendió en seguida las dotes de inteligencia y caridad que le adornaban, conversó largos ratos con él y le instó a que ingresara en la nueva Orden de Carmelitas Descalzos. Cuenta Blázquez que "rehusaba nuestro paisano, no porque le faltara vocación para aceptar las prácticas estrechas de esta orden religiosa, sino por la consideración de no dejar desatendidas a sus hermanas; mas de un lado la resolución de una de ellas de ser monja, y de otro la agradable persuasión de la Santa abulense, le hicieron decidirse". Y añade: "Tuvo lugar este hecho cuando al marchar a Veas con Santa Teresa, su hermana, ésta ingresó como novicia y el mismo día que ganaba la religión a Lucía de San José —nombre que adoptó—, cambiaba él

su nombre por el de Gregorio Nacianzeno (con que la historia lo conoce)"⁵⁰.

El santo varón manchego se dirigió desde Veas de Segura (Jaén) al Convento carmelitano de Sevilla con la Fundadora, y en la alegre ciudad del Betis comenzó su noviciado. Pronto estuvo al tanto de cuanto su profesión de hábito le exigía y empezó a actuar con la dedicación fervorosa en él característica. Predicaba elocuentemente, estimulaba la generosidad de la gente rica en favor de la flamante Orden de Carmelitas Descalzos y, como inevitable contrapartida, se granjeó la malquerencia de los frailes calzados carmelitanos, hasta tal punto que por apasionada incomprensión en aquellas horas fundacionales, le dieron grandes disgustos e incluso lograron, a fuerza de influencias partidistas, dar con sus atribulados huesos en la cárcel. Justo es decir que el apoyo y el consuelo de Santa Teresa no le faltaron nunca, puesto que le escribía cartas confortadoras a la prisión y al fin logró que sus impugnadores reconocieran el error de sus juicios y las grandes virtudes del P. Nacianzeno, que se vió en libertad y perdonó de todo corazón a los que nunca estimó como enemigos, sino como instrumentos del Cielo para poner a prueba su venerable paciencia.

De nuevo en sus tareas de la Orden Carmelitana Descalza, que aumentaba más y más sus prosélitos y fundaciones, gracias a la elocuencia, labor apostólica y virtudes ejemplares del varón de la Mancha, fué elegido Prior de Roda, y como tal asistió en 1581 al Capítulo de Alcalá de Henares, contribuyendo con prudentes razones a la separación de las dos ramas de la Orden, que quedó dividida en dos vigorosas ramas: Calzados y Descalzos de Nuestra Señora del Carmen. Los estimuló con ardientes y sabias palabras a laborar conjuntamente, a emularse inclusive en beneficio del tronco común de que partían. Por tanto, gracias al P. Gregorio Nacianzeno se acabaron las enojosas rencillas habidas al principio entre los monjes carmelitanos.

Santa Teresa le escribió complacida de su labor y prudencia, indicándole que asistiera después al capítulo de Almodóvar, en el Campo de Calatrava, para terminar definitivamente lo ya en principio acordado.

Había algunos frailes levantiscos que no acababan de aceptar la Reforma, y al ser nombrado el P. Nacianzeno Prior del Convento carmelitano de Valladolid, que era el que más se distinguía en ese aspecto, los setenta y cinco religiosos que constituían la comunidad obedecieron plácidamente al santo varón que los convenció con dulces palabras,

⁵⁰ "Diario de la Mancha", Ciudad Real, Diciembre de 1909.

sacándolos con razones claras del error en que estaban. Grandes fueron sus trabajos en Valladolid, pues el convento carecía de recursos para tan nutrida colectividad y había que predicar a todos con el ejemplo. Aparte del cumplimiento religioso que marcaban los estrechos estatutos de la Orden Descalza, el P. Nacianzeno predicaba incansable, hacía limosnas, visitaba a los enfermos, aconsejaba a los intelectualmente débiles, y como había que construir al mismo tiempo la propia Casa, hacía de albañil, robándole horas al descanso. Nunca se envaneció de sus obras, señalando él mismo sus defectos y ocultando cuidadosamente sus virtudes, con cuyo ejemplo la comunidad le seguía en todo y jamás murmuraba del tremendo esfuerzo que en pro de la Orden exigía.

En 1588 hubo un Concilio en Madrid y en él fué elegido para regir la provincia carmelitana de Andalucía, recientemente creada, dentro de la rama de los Descalzos, la cual gobernó con prudencia y singular acierto. Ejerció tan alto cargo durante seis años y en 1590 publicó en Madrid un libro titulado "Ordinario y Ceremonial de los Religiosos Descalzos", volumen de 244 folios que registran varios bibliógrafos y casi todos los cronistas de la Orden del Carmelo.

En 1594 volvió como Prior a su Convento de Valladolid, siendo elegido a continuación Provincial de Castilla la Vieja, cargo que ejecutó con igual tacto y desvelo que los anteriores. Eran sus virtudes tan raras como ejemplares, valiéndole en España los adjetivos de santo y venerable varón, sufrido, trabajador, culto y caritativo con el prójimo hasta límites inconcebibles. Para sus subordinados era un hermano más, humilde en el trato, razón precisamente por lo cual le obedecían con cariño y gran respeto.

Por entonces —al decir de un cronista— "la Casa de Madrid exigía persona de gran tino y saber que, sin alterar en lo más mínimo las Reglas de la Orden, no se malquistara con los nobles y señores que con frecuencia acudían al Convento en busca de saludables consejos para la salvación de sus almas en la otra vida y gobierno de sus actos en el mundo", razón por lo que fué elegido Prior de Madrid el ilustre carmelitano manchego. Su diplomacia, cultura, delicado trato y enérgico talento eran cualidades que triunfaron decisivamente en la capital de España. Dice Blázquez que "de su estancia en el Convento de Madrid se citan miles de sucesos que muestran hasta qué punto logró dominar las impertinencias de los señores, pues al toque de campana interrumpía las consultas y conversaciones para atender al cumplimiento de su deber religioso, sin que aquellos se dieran

por ofendidos". Téngase en cuenta al considerar el anterior párrafo la soberbia de los aristócratas madrileños de la época, muy pagados de sus blasones y caudales, poco cultos y bastante pecadores, puestos a raya por la humildad enérgica de un monje carmelitano.

Vacante el cargo de General de la Orden Carmelitana, iba a ser elegido por sus muchos méritos y virtudes Fray Gregorio Nacianzeno; pero enfermo del riñón murió el santo varón antes de ser nombrado, el día 17 de diciembre de 1596, siendo enterrado con *gran* sobriedad por disposición suya, lo cual no impidió que desfilaran ante su cadáver miles y miles de personas.

LUISA PAREJA

Monja manchega de extraordinarias virtudes, nacida en Villanueva de los Infantes. Vivió en la misma época que el autor de *Don Quijote* y murió en olor de santidad en el año 1606, según la "Biografía Eclesiástica".

Antonio Blázquez dice que "habiéndose criado desde muy niña en el monasterio de Santa Isabel de los Angeles, tomó el hábito muy joven", y agrega: "Desempeñó durante cuarenta años la vicaría del coro sin dejar de asistir una sola vez, y era tanto su deseo de agradar a Dios por medio de la penitencia, que se disciplinaba tres veces cada día. La oración era su quehacer constante, pues rezaba treinta y tres veces el *Miserere* en recuerdo de los años de Jesucristo; elegida Abadesa, vió con sentimiento surgir a su lado la envidia y las pasiones, hasta el punto que hallándose necesitado el Convento, y siendo de precisión salir en busca de recursos, hubieron de echarle en cara la humildad de su nacimiento, a lo que dignamente respondió:

—*Yo no pido por quien soy, sino por Dios.*

Su carácter noble, su talento y su bondad, fueron causa para que el Padre Provincial, Juan Antonio de Villarreal, la colmara de elogios, ante los cuales, turbada, se hincó de rodillas confesándose indigna pecadora." No hemos encontrado datos biográficos más precisos de la Abadesa Luisa Pareja, que por párrafos transcritos, tomados de un artículo que el ilustre escritor manchego don Antonio Blázquez y Delgado Aguilera publicó en el "Diario de la Mancha", de Ciudad Real, por el año 1909 a 1910.

Atacada de una dolorosa enfermedad que puso a prueba la paciencia de aquella sierva del Señor, murió santamente el día 16 de agosto de 1606.

P. MARTIN PELAEZ

En el tomo IV de los "Varones ilustres de la Compañía de Jesús" se dice textualmente que el P. Peláez fué natural de la Mancha en el siglo XVI y comienzos del XVII, al cual, siendo niño, se le apareció Cristo Nuestro Señor y le dijo que estudiase Latín y se hiciese jesuíta, por lo cual no siguió la carrera de las armas como sus hermanos. De donde se infiere que eran cuando menos de familia hidalga, puesto que la carrera militar quedaba limitada casi exclusivamente a los hijos de familias nobles.

¿En qué pueblo manchego vería la luz el P. Martín Peláez? Los estadistas de la Compañía de Jesús no lo dicen. Lo cierto es que estudió Humanidades en la Universidad de Alcalá de Henares, sin decidirse a hacerse eclesiástico y mucho menos misionero jesuíta, pues le atría la esperanza de ser con el tiempo un capitán esforzado.

Por segunda y tercera vez volvió la celeste aparición a decirle que ingresara en la Compañía, como así lo hizo, no de muy buena gana, lo que no le impidió —dice el P. Nieremberg— ser en ella un raro ejemplo de heroicas virtudes. Practicó la oración y la caridad con celo singular, por lo que fué llamado el *santo Padre de los pobres*.

Desempeñó cargos de importancia en las Misiones del Perú, fué severo consigo mismo y dulce con los demás, y estando enfermo de gravedad "se le apareció el Señor —dice un candoroso cronista— en forma de hermosísimo niño, consolándolo y avisándolo que su muerte sería en seguida, ya que deseaba por momentos que llegase la hora de su liberación temporal o carnal".

Cumplió el Señor sus santos deseos y murió beatíficamente en el Colegio de San Pablo, en Lima, capital del Perú, a los cincuenta y cinco años de edad y treinta y cuatro de religión. Agrega el P. Nieremberg que murió con "extraordinario sentimiento de toda aquella provincia del Perú, que le honra y venera como a un santo".

Esto es cuanto sabemos de este manchego ilustre de la época de Cervantes.

LOS HERMANOS PEROLA

Fueron tres artistas manchegos que se distinguieron en el siglo XVI. Habían nacido en Almagro y se llamaban Juan, Francisco y Estéfano Pérola. Estudiaron Bellas Artes con el maestro Gaspar Becerra y en el Palacio de El Viso pueden apreciarse sus lienzos murales, junto a las

pinturas de César Albasfa, todas de amable colorido, al temple y al fresco. Eran excelentes dibujantes, diestros en el estudio anatómico y la majestad de las figuras, completando su arte de pintores con la escultura.

Se reputan como obra de los tres Pérola las pinturas del atrio, galerías, escaleras, salón de honor, paredes, bóvedas y lunetas del citado Palacio, así como varias esculturas y los sepulcros en mármol de don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz de Mudela, y de su esposa, doña Mencía de Figueroa, que estaban en la Iglesia de las Madres Franciscanas de la villa marquesal. Algunos contratos de obras a realizar por estos artistas están firmados en el año 1585, en plena época cervantina.

Cea Bermúdez afirma que trabajaron a fines del siglo xvi en Villanueva de los Infantes, en Córdoba y en el Convento de San Francisco de Sevilla.

ANTOLINEZ DE PIEDRABUENA

Natural de la villa de su apellido, floreció —como se dice en las crónicas franciscanas— a fines del siglo xvi y principios del xvii, época de Cervantes. Era hombre tan culto que mereció ser llamado *El maestro* en el Siglo de Oro, y lo menciona Nicolás Antonio en su "Biblioteca Hispana".

Debió escribir varios libros; pero a nosotros no ha llegado más que la noticia de uno publicado después de su muerte. Se titula "Universidad del Amor y Escuela del Interés (Verdades soñadas o sueños verdaderos)", editado en Zaragoza, año 1645.

FRAY JOAQUIN PINEDA Y ARELLANO

Ilustre hijo de Mestanza, Religioso del Hábito de Calatrava, Prior y Cura Rector en propiedad de la villa de Almodóvar del Campo, cuna del Venerable Maestro P. Juan de Avila.

Nació Fray Joaquín Pineda y Arellano en casa linajuda, emparentada con los más nobles apellidos manchegos. Buen predicador y hombre de recias virtudes, nos dejó como literato una interesante biografía de su paisano y casi contemporáneo, puesto que vió la luz a finales del siglo xvi.

Se titula "Vida y esclarecidas virtudes del V. P. Maestro Juan de Avila, Apóstol de Andalucía, y de sus más esclarecidos discípulos". No pudo ser editado en Madrid hasta el año 1790.

ANTONIO POBLETE DE LOAYZA

Debió nacer en Ciudad Real a mitad del siglo *xvi* y en el seno de una familia noble, según consigna Mendiburu. Se embarcó con su familia para el Perú en el año 1576 y anduvo como conquistador por aquellas tierras americanas varios años; se detuvo en Tucumán, y muerta su esposa volvió a casarse con una hija del encomendero Nicolás Ruiz de Bracamonte.

Viudo por segunda vez, se ordenó de sacerdote en un Colegio de Chile, y como tal se trasladó a Lima, viviendo en una casa de la llamada calle del Prado, donde hoy se alza el Monasterio del mismo nombre en la capital del Perú. Hizo llevar de su ciudad natal una imagen de la manchega Virgen del Prado, la cual fué colocada en un altar de la capilla que tenía en su casa de Lima, el día 18 de septiembre de 1602.

Parece ser que la imagen empezó a obrar milagros y le llovieron las donaciones de los piadosos limeños de la colonia, empezando por un tal Bartolomé Muñoz, manchego como Poblete de Loayza, que regaló huertas y solares, donde fué edificada una ermita con dinero del propietario de la imagen; claro está que con las debidas licencias del Arzobispo Santo Toribio y del Rey Felipe III. El conde de Montreirey, Virrey del Perú, protegió la fundación del P. Antonio Poblete, el cual donó todo a la Orden de San Agustín el 26 de enero de 1607, poniendo como única condición que su hija, doña María de Poblete, fuese Presidenta del Patronato de la Virgen del Prado mientras viviese y que ambos recibieran honrosa sepultura en la capilla principal del templo, como así se hizo.

Hubo pleitos ruidosos, como motivo de esta fundación, entre los frailes agustinos y los clérigos del Cabildo de Lima, pasando luego a pertenecer a la Parroquia de Santa Ana.

El P. Calancha, cronista de la Orden de San Agustín, se ocupa extensamente de todo ello y del fundador, don Antonio Poblete de Loayza, que murió el 8 de septiembre de 1612.

Andando el tiempo se alzó en torno a la imagen de la Virgen manchega ilustre el actual Monasterio de Nuestra Señora del Prado, que es uno de los templos más notables de Lima.

ANDRES DE PUERTOLLANO

Franciscano manchego, insigne en saber y virtud, de la época de Cervantes, muerto en 1640 a edad muy avanzada. Nació en Puertollano,

fué excelente orador sagrado y lo mencionan en sus obras los cronistas de la Orden y los historiadores locales.

FRAY MIGUEL QUIROS

Vió la luz de la vida en Campo Criptana a fines del siglo XVI y la de la fama en el Monasterio de Huerta, pues era un ilustre monje cisterciense que llegó a ser Abad del Monasterio de Junquera (Guadalajara) y Visitador General de la Orden del Cister, cuyos cronistas ensalzan su saber y sus muchas virtudes. Gran aficionado a las letras sagradas y profanas, escribió libros rebosantes de doctrina, como los titulados "Explicación del Himno de San Juan Bautista", "Opúsculos varios", "Arte Nomónica para fabricar todo genero de relojes de sol", "Noticias de Aritmética", "Tratado muy copioso de resoluciones de muchas ondas curiosas tocantes a números quebrados", "Epigramurata sacro profana", "Varios tratados y resoluciones morales", "De los linajes y apellidos de los más de los Títulos y Grandes de España", "Arbol genealógico de los Reyes de Portugal" y "Genealogia de la Casa de los Duques de Medinaceli, que se ve en dos tablas en la Sala Abacial". Todas estas obras, unas publicadas y otras inéditas, se conservaban en la Biblioteca Cisterciense del Real Monasterio de Santa María de Huerta, en la provincia de Soria.

Esto es cuanto nos dice el buen Fray Roberto Muñiz del P. Quirós, paisano y contemporáneo de *Don Quijote*.

FRANCISCO ROSILLO

En la Mancha Alta y en la población de Villarrobledo nació también en 1558 un héroe de la caridad, el P. Francisco Rosillo, jesuíta, hombre eminente en saber y virtud. Estudió en la Universidad de Alcalá, destacándose en Historia y Teología, lo mismo que en lenguas muertas y vivas.

Como elocuente orador sagrado que era, el Rey Felipe II hizo que lo nombraran Capellán Mayor castrense y Predicador Apostólico de la *Armada Invencible*, que aprestó contra las Islas Británicas, infestadas de herejes.

El P. Rosillo se embarcó en Lisboa en un bajel de guerra, no sin antes "acallar las blasfemias y juramentos de la soldadesca con confesiones generales y limpiar las naves de muchas malas mugeres que disfrazadas en traje de hombres estaban ya a bordo". Partió la escuadra es-